

Relatos de Bibliotecas
Segundo Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Enrique Trenado Pardo et al.

Relatos de Bibliotecas
Segundo Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Granada
2013

© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
RELATOS DE BIBLIOTECAS. SEGUNDO
CERTAMEN LITERARIO DE LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-????-?.
Depósito legal: Gr./ ???-2013.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.
Imprime: Imprenta Comercial, Motril, Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primer Premio:

Enrique Trenado Pardo

Accésits en orden alfabético:

Silvia Bellón Sánchez

David Cortés García

Ana Morilla Palacios

Juana Magdalena Olmedo Cardenete

**El Jurado de este Premio ha estado compuesto
por los siguientes miembros:**

Antonio Sánchez Trigueros,

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la UGR

María Isabel Cabrera García,

Directora de la Editorial de la UGR

Amelina Correa Ramón,

Catedrática de Literatura Española de la UGR.

Julia Olivares Barrero,

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada
y Bibliotecaria de la Diputación de Granada.

Rocío Raya Prida,

Bibliotecaria de la UGR.

Índice

Prólogo:	
La vida universitaria con humor.....	11
<i>Antonio Sánchez Trigueros</i>	
Introducción.....	19
<i>M.^a José Ariza Rubio</i>	
Derecho Civil Dos (terror académico)	23
<i>Enrique Trenado Pardo</i>	
Cadáver exquisito	41
<i>Silvia Bellón Sánchez</i>	
Bolígrafos anónimos, sueños sin tinta.....	71
<i>David Cortés García</i>	

10 Índice

Georgina escritora	93
<i>Ana Morilla Palacios</i>	
Cartas de una estudiante desconocida.....	117
<i>Juana Magdalena Olmedo Cardenete</i>	

Antonio Sánchez Trigueros

La vida universitaria con humor

Con muy buen criterio, y dado el éxito de participación y calidad de la primera edición, la Biblioteca Universitaria, de nuevo con la valiosa colaboración de dos editoriales, la alemana Springer y la universitaria de Granada, decidió hace unos meses convocar la segunda edición del premio de narrativa corta para estudiantes, que en esta ocasión también ha tenido una gran acogida, no siendo menor la altura literaria como demuestran los cinco trabajos seleccionados, que se presentan en este volumen. Si en la edición del pasado año el tema propuesto era el de la “biblioteca”, tema ya de por sí muy inspirador para cualquier escritor, en esta ocasión, aunque

pueda parecer lo contrario, el reto ha sido más complicado, pues “la vida universitaria”, que ha sido el tema escogido, exigía un esfuerzo de invención y originalidad, que salvase los tópicos recurrentes y la monótona rutina de las clases, el estudio y la diversión, propios del día a día de cualquier alumno universitario. En este sentido hay que afirmar que muchos de los relatos y desde luego, y más en concreto, los finalmente seleccionados han superado sobradamente el reto propuesto y desde el primer momento de su lectura consiguieron interesar vivamente a los cinco miembros del jurado, lo que, como ya ocurrió en la primera edición, nos obligó a una lectura detenida y contrastada del amplio material narrativo que se nos ofrecía. Una vez más veíamos demostrada nuestra firme creencia en la capacidad creativa y literaria de muchos alumnos de los diversos ámbitos académicos de nuestra Universidad.

Una advertencia. Seguir hablando de los relatos ganadores, que aquí se recogen, implica entrar en su asunto y sobre todo en su construcción, lo que en muchos casos va a significar poner al descubierto sus sorpresas, por lo que invito al lector en este momento a dejar de lado este prólogo y reanudar su lectura

cuando haya concluido su aventura lectora de este interesante volumen.

Reanudando mi breve discurso sobre sus virtudes de conjunto, hay que constatar también la buena escritura del relato ganador y de los cuatro que han conseguido merecer el accésit, todos ellos contruidos con un prosa fluyente, clara, bien articulada y con unos periodos de lenguaje muy medidos que poco a poco y sin pausas van descubriendo novedades en el desarrollo de la narración, como exige la debida concentración que demanda el verdadero cuento o relato corto.

Y no es menor el interés que presentan en sus distintas maneras de dar forma original al relato, que en el caso del ganador, *Derecho Civil Dos (Terror académico)*, se presenta en principio como un monólogo reflexivo, que en su final da un quiebro; en *Cadáver exquisito* son cinco relatos de distintas voces en primera persona que confluyen en un mismo fin; en *Cartas de una estudiante desconocida* el tema universitario, levemente presentado, sirve de marco a ocho cuentos, a cual más terrible, inquietante y cruel; *Georgina escritora*, por su parte, es una historia, muy bien articulada, de plagios con un final explicativo sorprendente; y en fin, el quinto de

la serie, *Bolígrafos anónimos, sueños sin tinta*, se presenta como un relato más bien plano de la vida universitaria pero continuamente salpicado de un sabio empleo lingüístico del humor y la ironía, que impregna con abundantes sorpresas todo el relato.

A este propósito una de las características en que todos coinciden precisamente es en el humor como óptica constructiva; un humor que matiza las circunstancias, algunas verdaderamente dramáticas, y los comportamientos y actitudes de los personajes que deambulan con viveza narrativa por estos relatos. En el caso del ganador es el quiebro final y esos alumnos agazapados bajo las bancas; en el de las cinco voces consiste en su propósito de conseguir *este premio* (sí, este del que estoy escribiendo) para ayudar a uno de los personajes; en el de los cuentos crueles es el perverso procedimiento de dejarlos en cualquier sitio como cartas abandonadas; en el de los plagios será el juego continuo de guiños literarios al lector y la propia solución del problema; en el quinto se resuelve a través del propio lenguaje, como acabamos de plantear.

Y ahora me voy a permitir dedicar unas consideraciones más detenidas sobre la narración

ganadora, *Derecho Civil Dos (Terror académico)*, de Enrique Trenado Pardo, estudiante de Derecho, que en dura competencia consiguió la mayoría de los votos del jurado. Decía más arriba que este relato se presenta en principio como un monólogo reflexivo, que en su final da un quiebro; en efecto, en este relato de diez páginas una voz narrativa se dirige a una segunda persona del singular que, por el profundo conocimiento que demuestra de la interioridad del que es presentado como el *otro*, el lector puede asimilar muy pronto y sin ningún esfuerzo especial a un *yo* desdoblado en *tú*, un procedimiento muy utilizado en la narrativa contemporánea, sin ir más lejos y brillantemente por Juan Goytisolo en *Señas de identidad*. El discurso que desarrolla es un ejercicio activo de reflexión sobre ese terrible momento de las vísperas de exámenes y que se resume en la sencilla frase amenazadora que desde el primer día de clase, como recuerdo, nos repetía a los alumnos de Letras don Juan Sánchez Montes: “mayo llegará”. La narratividad está en cómo se cuentan esos momentos de angustia nocturna, de miedo, de remordimientos, con una ambientación pertinente, a la deprimente luz de un flexo, rodeado de manuales y apuntes,

cuando el café ya no es suficiente para mantenerte despierto; porque la acción se construye con un lenguaje reiteradamente bélico, como si de una batalla se tratase y el narrador se encontrase escondido en una trinchera sobre la que recibe las balas de unos enemigos, autoridades académicas o políticas y asignaturas personificadas, de las que solo puede defenderse con el bolígrafo, “tu fiel fusil en la trinchera”. Hay, pues, acción, personajes, conflicto, reacciones, todo ello ordenadamente planteado con lógica narrativa y con un despliegue verbal e imaginativo en verdad bastante notable. Y así va discurrendo el relato entre sobresaltos y amenazas hasta que en la antepenúltima página del original el narrador parece que cambia de pronto de registro y se dirige ahora a una pluralidad en segunda persona, que despista al lector, y cuya identidad (antes singular y ahora plural) empieza a vislumbrarse cuando se descubre que desde el principio alguien les está hablando desde una tarima; son, en definitiva, los alumnos, que aparecen finalmente donde han estado durante todo el relato, escondidos, *atrincherados*, bajo los pupitres, tratando de defenderse del discurso terrorífico del profesor en clase. Cuando llega a la conclusión sorpren-

dente de la narración, el buen lector siente la necesidad imperiosa de ir al principio y volver a leerla a la luz de esas páginas finales, y ese será ya otro relato, un nuevo relato con otros personajes y distinta escenografía. Nada mejor se puede decir de un buena pieza literaria que con sabiduría narrativa provoca esa ineludible reacción recreadora en el lector.

Mi enhorabuena al justo ganador y a los cuatro finalistas que merecidamente han conseguido el accésit.

Antonio Sánchez Trigueros
Catedrático de Teoría de la Literatura
Presidente del Jurado

M.^a José Ariza Rubio

Introducción

Es para mí un profundo placer y orgullo presentar este segundo volumen el Certamen Literario de la Biblioteca Universitaria de Granada.

Placer, porque significa la continuidad de un ilusionante proyecto que a propuesta de Rocío Raya Prida, Bibliotecaria de la Universidad, comenzó el año pasado.

Orgullo al ver la calidad tanto humana como intelectual del alumnado de la Universidad que un año más han demostrado que los tópicos de inmadurez e incultura que a menudo surgen cuando se habla de él, son, la mayoría de las veces falsos. Muy al contrario, son cultos, profundos e inteligentes.

La Biblioteca Universitaria de Granada quiere darles un foro para expresar sus inquietudes, en este caso literarias, y para fomentar unas habilidades que sorprenden por su calidad. Y lo hace acompañada por dos magníficas editoriales, la Editorial Springer y a la Editorial de la Universidad de Granada que desde sus comienzos han colaborado con el proyecto con entusiasmo. La editorial Springer dotando una cantidad económica para el primer premio, y la Editorial de la Universidad de Granada ofertando la publicación y distribución de una obra que contiene el relato ganador del primer premio y los cuatro accésit.

También nos auspician en este proyecto los miembros del Jurado Antonio Sánchez Trigueros, Catedrático de la Universidad y académico, Julia Olivares, académica y bibliotecaria de la Diputación, Amelina Correa, académica, profesora de nuestra Universidad y escritora, Rocío Raya, bibliotecaria de la Universidad, y M^a Isabel Cabrera, Directora de la Editorial Universitaria que se han prestado desinteresadamente y con entusiasmo a desarrollar sus funciones.

De la calidad de los relatos, serán ustedes testigos cuando finalicen la lectura de este volumen, a mi solo me queda, como Directora

de la Biblioteca Universitaria, agradecer a todos los que han hecho posible este Certamen que seguirá revelando nuevos escritores.

Granada, abril de 2013



Enrique Trenado Pardo

Derecho Civil Dos

(terror académico)

Enrique Trenado Pardo

Derecho Civil Dos (terror académico)

Tras muchas oscuras reflexiones, casi todas nocturnas, y rendido¹ a la deprimente, amarillenta y fría luz de un flexo, concluyes que, efectivamente, hay una trinchera. Que resulta que tenían razón los cuervos de mal agüero, los perros viejos veteranos curtidos en los campos de batalla de mil y una convocatorias agotadas, de mil y dos oportunidades perdidas. Es una trinchera negra y sucia salpicada de culpa sacada de la pereza, una zanja en la que no sabes muy

1. O rendida, también en adelante, porque el miedo académico no conoce de género.

bien cómo ni cuándo has caído (o más bien no quieres saberlo, aunque podrías), y en ella están *todos* invitados. El Derecho civil dos, el cuatro, el Derecho del trabajo, la economía política, la cara fea del procesal... Todos ellos, malditos sean —y malditos son—, sonrén, te sonrén, mostrando tantos dientes como categorías doctrinales imposibles de retener, y saludan con la manita mientras la tierra mojada se amontona a tu alrededor, hasta que demasiada grava articulada y titulada sobre las pestañas casi te hace perderlos de vista, pero no de la memoria. No, de la memoria nunca se irán mientras sigas en la zanja. El trabajo pendiente, el *debe* como concepto de remordimiento, siempre agarra fuerte. Echa raíces.

La calle está ardiendo más allá de la trinche-ra, está bullendo; es cierto que hay una guerra ahí fuera, que parece que todo se tambalea y que nada es seguro; es verdad que puede que todo se caiga a pedazos antes de que, al final, se derrumbe sin remedio y nada de lo que estás haciendo valga la pena, pero eso es mundo exterior. Y hace tiempo que dejó de existir eso para ti, para nosotros, para todos, salvo para el que cena con un telediario. Qué viejo privilegio que ahora sabe tan escaso, tan

poco útil, tan bohemio. *Mundo exterior*. Suena a risotada tirada a la cara, a excentricidad de mal gusto. A bofetada que tumba, que hunde entre mareas de papeles ilegibles. Sí, se han deforestado bosques enteros, han corrido ríos de tinta envasada en plástico barato e incómodo, se han desangrado árboles para esto, para irritar a ecologistas y yacer y lamentarse entre papel mojado. La anarquía existe más allá de un aristócrata ruso que vagamente te llega a la mente, y ahora es de celulosa. Cuando los ojos duelen y los dedos temblorosos resbalan, cuando la cabeza está en llamas y las vértebras (víctimas inocentes de tu falta de previsión) amenazan con rebelarse ante una tarea digna de esclavos, cuando el café hace tiempo que dejó de ser suficiente, el papel sin fin ni destino, ese rectángulo garabateado que se jacta de ser un pedazo de vida gastada imposible de adjudicar a un valor, reclama su sitio en el caos. Es una auténtica bandera que corona los montes del desastre. Es un documento notarial certificando tu fracaso ante cualquiera que se acerque a leerlo. Y entonces echas de menos *numerar*, llevar el orden a las notas indomables, al caos. Pero ya no más. No en la trinchera.

No a esas horas.

Horas —oras, también, por si alguien aún atiende y/o quiere atender—. Se encararon con optimismo, es verdad, y desde fuera parecían más dignas de aprovechamiento, pero ahí en la trinchera cada minuto es una bala, y quien quiera que sea (a saber, porque la maliciosa lista es larga y creativa: el Decano, el Rector, el Ministro, el Rey, Angela Merkel...) tira con ametralladora, y además con muy buena puntería. Nunca una madrugada se hizo tan desesperadamente corta. Nunca tantas horas rindieron tan poco, ni siquiera aquellas de *cubatas* y *gintonics* en las que la mayor preocupación solía ser el calzado o la mirada del portero, en las que se derramaba el tiempo malgastado sin que nadie tuviera interés en reciclarlo. Tiempos lejanos, añorados con sueño, mejores por pedir menos a un cerebro a punto de reducirse a cenizas. En la trinchera, si hay tiempo, es el que marca la Ley. Y la Ley, haciendo honor a su inflexible equis latina —que bien puede estar amagando, como un oráculo maligno, una crucifixión cercana—, no juega a tu favor. Desde luego los *tics* compiten con los *tacs* en un implacable duelo a rapidez (bastardos compinchados...) que ninguno de los igualados contendientes parece

estar en disposición de ganar hasta que, más víctimas inocentes, el reloj de aguja —cuyo única falta fue su clasicismo— pierde las pilas, y por poco la integridad estructural. Pero, ¡si solo fuera eso, y nada más! Ay.

Pero está claro que no lo es. No lo es de ninguna manera. Dedos de alambre hacen surcos sobre tu cara macilenta, bocas secas están tentadas de recurrir al gimoteo que solía resultar en la enseñanza primaria y en alguna afortunada ocasión de la secundaria. De repente es tentador tirarse al suelo, rodar y buscar consuelo materno entre sollozos. De repente resurge la vieja idea de rendirse, de dejarlo estar, de ir a dormir y no volver a alzarse hasta que el falso alivio tape a la verdadera vergüenza y la mantenga bien atada hasta el próximo examen, que por desgracia tampoco queda demasiado lejano. Un pequeño crujido indica que algo se ha roto, y solo esperas que no haya sido el bolígrafo, tu fiel fusil en la trinchera, el único cetro de tu débil reinado. Puede ser algún hueso, una neurona ya agotada y fundida, una arteria vital poco acostumbrada a la tensión, pero por favor, no sin tu bolígrafo. Puede estar mordido, doblado, desgastado de paliza dactilar. Puede ser barato, vulgar, incluso fácilmente sustituible.

Pero sin él estás perdido, especialmente si no has terminado de subrayar, de anotar. Aunque a esas horas...

Repasemos, hagamos balance de lo que llevamos hasta ahora: Tema 1. Baila. Tema 2. Borroso recuerdo lejano, evocado con el más primario esfuerzo memorístico. Tema 3. *Frío*². Tema 4. *Miedo*. Tema 5. ¿Existía? Tema 6. Nervio. Tema 7. Obviado, porque cráneo solo hay uno, y empieza a defenderse con mucha tenacidad. Tema 8. ¿Seguro que yo quería estudiar esto? Tema 9. Desde luego es lo que querían mis padres. Tema 10. Estaría mejor recogiendo setas o haciendo garabatos en un parque.

Bombas, todos ellos son bombas sobre la trinchera —y, seguramente, sean de las peligrosas, de las que prohíben las Convenciones de... ¿Martini? ¿Bourbon? ¿Con cola y hielo?—. De tanto en cuando alguna, más por azar que por puntería, lo derrumba todo con estrépito y violencia psicológica, caen aparatosamente a tu alrededor los sacos de la memoria, levantan una verdadera porquería mental y hay que recolocarlos otra vez, laboriosamente, uno a uno, en

2. Desde luego, no fue el espía el único que surgió de él.

el mismo orden, bajo el mismo patrón, porque si no todo pierde el poco sentido que había tenido antes y sobre el que habías intentado apoyarte para salir de la trinchera. Un ojo tiembla, sinceramente harto, sinceramente rebelde y amagando con la insumisión, que empieza a extenderse por tu cuerpo como una alternativa real a tu pobre gobierno. Tal vez lo mejor sea sacarlo (no recuerdas claramente el orden de aplicación de normas laborales, pero sí dónde están las cucharas), o tal vez ceder, cerrarlo en la oscuridad y darle lo que pide, no usarlo nunca más, echar el resto al superviviente, al globo estoico y obediente que aún se mantiene fielmente en su puesto... Arriesgado. Queda encierro en la trinchera por delante, queda mucho encierro, mucha guerra. Los necesitas a todos. Te necesitas entero, aunque eso, como concepto, ya te suene a chiste y desde hace horas sepas que, en realidad, eres varios: el ingenuo, entusiasta e ignorante que fue a la primera clase, el confiado indiferente de mediados de curso, el turista de *barriles*, el ridículamente esperanzado de hacía unos días. Silenciosos y taciturnos compañeros de trinchera, todos mirándote, juzgándote con evidente e irritante superioridad moral, como si la cosa ya no fuera con ellos desde que se

alejaron pasando el testigo, como si no tuvieras nada que reprochar a ninguno de ellos. Y, por salud mental, créeme, es mejor que no lo hagas. No serviría para nada estudiar tanto, castigar y castigarte tanto, si en un loquero no van a examinarte de lo que, desgraciadamente, estás seguro que *aún* no sabes.

¿Merece la pena comprobarlo? No sabría decirte. Podría ser un paso en falso. Podrían caer más bombas.

Pero, diablo, *oxigénate*. Date un gusto, abre una ventana, derriba una puerta con las fuerzas que te queden, pide ayuda al aire. Recuerda que, para bien o para mal, en unas pocas horas habrá terminado todo y la universidad pública guardará su látigo de cuatro colas hasta la siguiente cita. Sí, dentro de poco no importará nada, y lo hecho habrá estado hecho. Momentáneamente. Menudo consuelo más flojo. Vuelven a tu cabeza el Derecho financiero uno, el internacional privado, la siempre punzante Historia... Ejemplos prácticos de que, en realidad, una tortura evitada, ya sea por cobardía o por vagancia, es una tortura condenada a regresar. A regresar puntualmente, porque no hay nada más dolorosamente exacto e inflexible que una fecha académica. Son, esos plomizos

compañeros de viaje, como clavos en un ataúd —otra forma de llamar a un expediente incompleto e insuficiente—. Piedras puntiagudas en el vientre, pinchazos en el abdomen.

Aunque, claro, tanto malestar corporal podría ser menos metafórico. Podría ser, sin más, el café.

Viejo y tostado compañero al que ya estás peor que acostumbrado, roto de tanto (ab) usarlo; ignoras las súplicas de un estómago castigado y de una garganta derretida, y entra en tu gznate por inercia, aunque hace ya tiempo que no sirve para nada, que se está igual con él que sin él, que los párpados pesan como si los llenara el plomo, y no la cafeína. Por mucho que los perros viejos hayan investigado sobre cientos de formas para burlarlo, el sueño, al fin y al cabo, es ineludible. Pero, ¿qué sabrán las necesidades fisiológicas más vitales de lo que es verdaderamente imprescindible? No sabe nada de códigos civiles, legislaciones internacionales, manumisión, recursos de amparo constitucional o normas mínimas. Estúpido y endeble cuerpo que solo pide paz y sueño.

El viejo Vattenberg-Kelsen, que no debería estar allí pero está, ulula sibilinamente su doctrina más allá de la trinchera, en el negro cielo nocturno, rodeado de murciélagos austriacos

que aletean a su son, recitando sus consignas. Luigi Testarolli expone en interminable bucle sus tesis eclesiasticistas, aunque ya hace tiempo que esas cosas no importan a nadie, salvo a quienes las exigen. Sánchez Diazo y sus secuaces, cantando teorías de interpretación de la norma mercantil, corretean a tus pies, imposibles de atrapar, escurridizos entre los dedos. Tampoco podrías agarrarlos aunque estuvieran quietos y sumisos. Hace tiempo que estás de tierra hasta el cuello; llámalo grava, llámalo papel, pero pesa. Ya cuesta tanto levantarse que, más que un ejercicio de estudio, es un ejercicio de arrastre. Imposible no sentirse miserable, o como poco bastante desgraciado. Una especie de gusano, discúlpame la comparación, enterrado bajo pies de gigantes. Muy consciente de que todo empieza a venirle demasiado grande. Pero, aún así, puede que no esté todo perdido, que el drama no sea tal y que, quién sabe, aún puedas alzarte y quitarte toda la tierra que te sepulta. Puede que, después de todo, tanto sufrimiento se vea recompensado, de algún modo. Puede que todo eso sirva para algo, y que de alguna manera se premie a la agonía del trabajo precipitado. Que al fin alguien te descuelgue del madero y te espabile con dos bofetadas.

Porque, y discúlpame de nuevo, hasta los gusanos se levantan y pueden dejar atrás el fango y todo lo demás sufrido. Orlas llenas de antiguos gusanos te sonrían también, exhibiendo con orgullo desmedido el gran logro que queda tan lejano, que se escapa entre los dedos. Al margen de una envidia que te tiene que resultar corrosiva, en ellos, en esos triunfadores, tuvo que haber algo, ¿no? Es decir, algo más, si ellos consiguieron escalar la trinchera (si es que alguna vez se vieron dentro de ella) y ver el sol... ¿Les quedarán uñas? ¿Cordura? ¿Cómo lo hicieron exactamente? ¿Qué tienen ellos que no tienes tú? ¿Es la actitud, la suerte, la perseverancia? ¿Una mejor relación con el Creador o, en su defecto, con el examinador de turno —que, a la larga, tienen potestades semejantes en lo que a Cielo e Infierno se refiere—? ¿El difuso concepto de *esfuerzo* que han vuelto a poner de moda anuncios de, fíjate por dónde, bancos? ¿Qué pasa cuando el esfuerzo llega tarde y no basta?

Pasa eso, pasa todo lo que ya hemos dicho. La noche en vela y los ojos hinchados. La mente en blanco (y negro). El cuerpo y el espíritu quebrados y en abierta dejadez de funciones. La idea de juventud responsable yéndose al ga-

rete más pesimista. Un montón de expectativas propias y terceras tan huecas como tu cuenta corriente —o la de tus padres— después del diabólico pago de ese leviatán llamado matrícula, que más que estimulante ha terminado sirviendo de hierro ardiente. Miedo, mucho miedo. Especialmente eso, pavor del bueno, del que casi se puede tocar, de ese que parece que realmente se atasca en la garganta y no deja respirar. Un terror inconfesable a formar parte del patrimonio más siniestro de la Universidad —sí, MÁS siniestro—, a quedar bajo llave en la mazmorra de los perdedores, a estar en la trayectoria de un dedo acusador. “Aquí yacen a perpetuidad los incapaces, aquí se guardan a los torpes, a los que gastaron sus últimas oportunidades después de haber desmerecido las primera. A los que rozaron, pero no llegaron. No abrir nunca, bajo ningún concepto, por mucho que se oiga al otro lado de la puerta. No abrir nunca: podría desatarse la mediocridad”. Qué pinchazo al orgullo³, la verdad, si es que a esas alturas aún queda algo de eso, si es que no estarías dispuesto a intercambiarlo por una hora más de tiempo de estudio, o por la llave

3. También puede ser llamado, en este punto, “*esa cosa*”.

del susodicho calabozo. ¿Quién va a sacarte de allí? ¿Mamá? ¿Batman?

Esto que acabo de exponerles, el miedo, la duda, el frío, el remordimiento, el arrepentimiento, la envidia, la salud (o la falta de ella), la responsabilidad difuminada, la culpa, el calendario de evaluación, la guerra civil de los sentidos, el encierro perpetuo, el esfuerzo a destiempo, la trinchera, las horas clavándose sin ninguna compasión, los látigos de la Pública y otros instrumentos de tortura, los murciélagos y los cuervos, la claustrofobia doctrinal, la fácil infancia añorada, mamá, a veces papá, las bombas sobre la memoria, el bolígrafo, el papel cumpliendo su papel de ladrillo para tumbas, la entropía, los susurros en la oscuridad de autores y pensadores fallecidos, las risitas cómplices y malévolas de ramas no superadas de nuestros estudios; todo eso que he intentado hacerles llegar es lo que he venido en llamar, desde hace un tiempo, *“terror académico”*. Porque todo es mucho más comprensible cuando se le pone un nombre y se le ubica en un lugar, e incluso algo tan abstracto como este concepto que he tratado de transmitirles, de concienciarles más bien, algo tan inaprensible y tan inquietante puede... categorizarse, si se hace de la forma

adecuada. Y yo, que durante años les he estado observando sobre esta tarima, he creído estar en una posición inmejorable para categorizarlo, para intentarlo. Desde luego, lo he intentado, y me parece que he llegado a resultados satisfactorios y a definiciones muy acertadas, muy cercanas a la realidad que tenemos. Terror académico, lo he llamado, y en una trinchera he decidido lanzarles a ustedes, para que se hagan a la idea, y estoy seguro de que se la han hecho y se la están haciendo aún: englobo ahí desde el miedo al futuro más elemental hasta esa incómoda sensación de tirantez sobre sus hombros, derivada, en realidad, una de la otra con matemática precisión. Es no dormir, o dormir tan mal que no hace honor a su nombre. Es dejarse acompañar, cortejar y engatusar por un estado de ansiedad permanente, derrumbarse o dejarse caer sin brazos que estén allí para recogerles, sollozar o directamente llorar con o sin lágrimas, temblar y no sentir el temblor, dejarse encharcar la sangre con cafeína o estar dispuesto a contaminársela con cualquier brebaje energético, ver lucecitas de color parpadeantes donde uno debería ver sobrias y formales letras negras, pensar que nada de lo que se hace ha tenido nunca sentido, pensar que todo un

mundo podría tener la culpa (y puede, desde luego, en sus horas más oscuras no cabe duda de que *puede*), pero que todo un mundo, del mismo modo, prefiere ignorarlo e ignorarles; supone odiar el mañana y el ayer, uno por condenatorio y el otro por improductivo. Supone también buscarle una salida honrosa al hoy. Es la búsqueda de soluciones cuando ya nadie quiere oír las, cuando ya es demasiado tarde. Es la manifestación más clara de los terrores más asfixiantes que puede tener un aprendiz. Es, en definitiva, que ustedes me tengan miedo a mí y a lo que represento, un miedo primario y reverencial, y al final, cuando sientan que no puedan más, griten en silencio.

Y creo que desde aquí podré oírlo.

Sí, queridos alumnos. Así será mi examen, pero nunca les aconsejaría, como comprenderán, prepararlo de este modo, ni quisiera que pasasen por este delicado y desagradable trance. Como ya ven que no me es en absoluto desconocido, les aseguro que seré muy consciente de todo esto en junio.

Ahora háganme el favor y salgan de debajo de las mesas.

¿Les importaría devolverme el control de asistencia?



Silvia Bellón Sánchez

Cadáver exquisito

Silvia Bellón Sánchez

Cadáver exquisito

“A Paula, Rocío, Jenny,
Carlos y Nico por ser reales”

“Sentía que se lo debía ...sentía que tenía que empezar de cero y volver. Después de un tiempo sin tener muy claro dónde estaba, me levanté con el único objetivo de terminarme aquel café. No sé qué es lo que vine buscando, pero me gustaba el olor que entraba por la ventana. Era una sensación agradable volver a sentir que pertenecía a algún lugar.

Ese día supe que íbamos a estar bien. Me costó mucho tiempo entenderlo, pero hoy hemos llegado hasta aquí ¿Me ayudas a escribir un cuento?”

Isabel

CAPÍTULO I

Sarah

Me despierto por la mañana y no veo la luz. Mi casa es una mierda, muy oscura y muy vieja. No solamente oscura, también sin calefacción central, sin aislamiento térmico. Es febrero y hace mucho frío. Te congelas simplemente saliendo de la cama. Estas casas no están pensadas para el invierno, están esperando siempre la primavera y el verano. Una casa en el Albaicín. Tiene más de cien años, y casi cien sin que alguien la trate bien. Yo intento darle un poco de cariño, un poco de compañía, pero es difícil porque está muy *chungá*. Salgo de la cama, subo las escaleras para ir al baño, abro la ventana, y en la cara me pega el sol como un puñetazo. Respiro. Qué lindo España.

El sol me hace pensar en California, pero aún mejor, porque el sol granadino no se esconde tras la niebla como hace el de San Francisco. Siempre encuentro gracioso cuando me preguntan sobre las playas y el sol, las piscinas, o gente famosa, de California, porque en la Bahía de San Francisco, donde yo vivía, era gris, gris, gris. Había sol de vez en cuando,

pero normalmente en las horas que pasaba en la escuela o en el trabajo, así que no lo veía. Ya *tengo* unos meses aquí en Granada, estudiando, y creo que puedo decir que estoy muy bien *asimilada*. Al menos, estoy muy contenta. Me encanta sentir y ver el sol.

Estoy en la Universidad de Granada, haciendo un máster de algo que nadie entiende. Las clases me van bien, me hacen pensar, pero el ritmo es distinto al que estoy acostumbrada. Caminando por las calles, te das cuenta de que hay una buena vida social aquí en Granada, pero es totalmente distinta a la vida que viví en Berkeley. Terminé mis estudios en esa famosa universidad, conocida como una universidad de élite, como un centro de investigaciones que cambian el mundo, lleno de intelectuales y *jipis*. Cuando pienso en esta pequeña ciudad californiana, tengo recuerdos de estar sentada en los cafés de Telegraph Avenue, con mis libros abiertos en la mesa frente a mí, bebiendo un té verde, pero estando demasiado fumada para *enfocarme* y mandando mensajes con el móvil a mis compañeros de piso para saber si querían salir más tarde para comer comida pakistaní. Cómo logré terminar dos carreras en cuatro años, no lo sé. Pero lo hice, y lo hice bien.

Ahora en Granada, estudiando un máster en una pequeña ciudad andaluza, veo una vida similar pero aún más íntima y divertida. Los estudiantes son responsables, filosóficos pero *festejeros*. Las cañitas son parte de nuestras conspiraciones cultas, y las tapas son la energía. Para mí, las tapas son la encarnación del dicho *food for thought*, una manera de decir “algo para reflexionar” en inglés pero que significa literalmente “comida para pensamientos.” Nunca he comido ni bebido tanto rodeada de conversaciones tan lindas como en Granada. Las compañeras del máster son todas divertidas, guapas, y capaces en muchos ámbitos. Venimos de diferentes partes del mundo, pero al mismo tiempo compartimos *un ritmo* y lo pasamos muy bien juntas, en las clases o por la ciudad.

Aquí estamos. Es martes por la noche, después de una clase demasiado larga, y cenando juntas. Pasé los últimos días con un tremendo dolor de cabeza, pero igual estoy aquí con mis compañeras porque hay un plan que intentamos cumplir. Un plan importante. Después de comer, vamos a intentar ayudar a Adriana. Hay una situación que necesita *atención*, así que estamos todas juntas intentando ver cómo solucionarla.

Aquí en España, conseguir una beca me aparece muy extraño. Es un cierto tipo de lotería, o no sé qué, distinto al proceso de becas y préstamos en California. En Estados Unidos, aplicas para el *FAFSA*, y con ello financias la universidad. Te piden varias cosas, como el dinero que *haces* tú o tus padres, pero normalmente, si saben que eres alguien que necesita ayuda, lo recibes. Especialmente cuando eres alguien responsable que cumple los requisitos y entrega todo a tiempo. Para mí, esto describe a Adriana. Entonces, cuando me enteré, nos enteramos, que negaron la beca a Adriana, era obvio que había un problema. Seguro, va poder ir a ver, hablar con alguien sobre el asunto, pero no se sabe cuál va a ser el resultado. Necesitamos una solución mejor. La inventamos.

Pero literalmente, la inventamos. Vamos a escribir un cuento, una ficción, para poder entregarla a un concurso. Hay un premio, en euros, que ayudaría a Adriana, desde que ahora el gobierno de su país le niega su dinero para pagar la matrícula. El tema del concurso es demasiado adecuado. *La vida universitaria*. Es una pasada. No hay nada más banal que la cuestión de becas y dinero para pagar la escuela. Sin embargo, este problema banal nos ha

llevado a un ambiente de creación y risas. Otra pasada. Pero, así es la vida aquí en Granada. Me doy cuenta que cada vez que creo que algo es tonto, estúpido o imposible, en Granada, y, especialmente con las estudiantes de la Uni de Granada, se logra hacer.

20 de febrero de 2012.

CAPÍTULO II

Nicolás

Tres veces. Tres veces ya y mi cabeza caía una y otra vez en la oscuridad del ensueño. Era la tercera vez que repetía la misma idea, la misma trillada idea que marcaba el compás de todas sus clases, de todo un curso. De hecho, en tan sólo media hora, era la tercera ocasión en que repetía la misma frase literal, simplona donde las haya, en su discurso anestésico y errante. Carecía de chispa. Carecía de cualquier cosa que pudiera asemejarse a una chispa. Pero no era solo él. No era solo el tiempo insondable que se escurría entre las manos, como muerto, desde que entrabas en aquella aula. Era todo.

Todo estaba recubierto de aquel espesor gris que caracteriza al tedio. Eran todas las aulas; eran los pasillos y las ventanas; eran las puertas, de un verde pálido, y los cartelitos amarillos que presidían las puertas, esos que te indicaban si estabas a punto de entrar en reprografía, secretaría, dirección o incluso en el salón de actos. Era indiferente, todo desprendía trivialidad, palidez, y yo me sumergía en ella como un naufrago más, minuto tras minuto, cabezada tras cabezada.

Tres veces había repetido la misma frase, el muy demagogo, y tres veces más seguro que saldría de su boca en alguno de mis paréntesis de ausencia.

Yo mismo había perdido la chispa. La fuerza que en un principio me impulsara a buscar respuestas se disolvía día a día en un mar de deberes arbitrarios. Ejercicios impostados para alcanzar objetivos impostados. ¿Dónde estaba la respuesta que buscaba? Se me estaba olvidando incluso la pregunta.

Una pregunta y una respuesta, eso es lo único que había habido siempre, solo una, golpeando desde el principio el pecho del hombre, mi pecho, y tomando mil formas diferentes. Solo una cuestión sin forma llamándonos desde el

abismo, y yo la estaba perdiendo. Se me olvidaba con cada nueva palabra de discurso magistral. Qué filósofo que se precie podría realmente estudiar la carrera de filosofía. Qué opinarían Nietzsche o Heráclito. La verdad estaba muerta allí, no se movía, y el amor también.

Y así acabó todo, unos días antes o unos días más tarde. Quién sabe si lo decidí en una de aquellas cabezadas, o mientras caminaba por alguna de aquellos pasillos que resonaban extenuantes bajo el eco de mis pisadas diarias. Dejé filosofía, la dejé antes de empezarla quizá, pero con tres años de horas grises a mis espaldas y más de mil discursos vacíos que debía extirpar de mi cabeza cuanto antes. Entregué un último trabajo, una declaración de principios, al único profesor que tal vez mereciera una explicación. Otro diez en mi archivo de ceros disfrazados y otro elogio, el de despedida. Me marché. Dejé la facultad, y dejé Zaragoza. Volví a Valladolid, mi tierra, en busca de la chispa, en busca de la pregunta y la filosofía. Había que empezar de nuevo. Desaprender sin desandar. Y empecé, como quizá no podía ser de otra manera, en el Peni, un bar que apenas había explorado antes de marcharme, pero que pronto se convirtió en el eje de mi

reencuentro con la vida, con la chispa, con la música, y con Carlos.

La música. La música siempre había estado allí, guardando como en secreto algún fragmento perdido de aquella pregunta y aquella respuesta que andaba buscando. Y la música me encontró, me encontró en las calles de Valladolid, por la noche, en las escaleras de la plaza de Portugalete, en las guitarras que resonaban sobre las paredes de la catedral y en las voces, jóvenes y ebrias, que se fundían con la mía día tras día. Así empecé a desempolvar mis viejas canciones, y a componer otras nuevas, para sacarlas a la plaza y al encuentro. No era un guitarrista brillante, pero sí apasionado, y con el tiempo fui dibujando en el aire un camino, un camino que culminaría con el reencuentro de un antiguo amigo. El tiempo que pasa siempre es reencuentro, pero los ojos que ven nunca son los mismos, y los pasos son grietas que se abren en la incertidumbre.

Carlos había vuelto de Italia, y yo recordaba bien su caminar, su sencillez... y recordaba también que tocaba el saxofón. Traía consigo la marca de un desasosiego, ese que se percibe en las caras de tantos jóvenes y que me acompañaba a mí también, allá donde fuera, como un perro

fiel que mira contigo hacia un horizonte borroso. Esa inquietud brillaba en nuestros encuentros como el presagio de una aventura. Varios años sin vernos no habían pasado en balde, pero era el tiempo de crear, y tocar y moverse, y eso es justo lo que hicimos.

Un verano de improvisados viajes y canciones infinitas (que se extendían entre el tiempo y el humo de los porros como las pulsiones de un firmamento por descubrir), dio paso a un otoño seco y solitario. Y fue no obstante en pleno otoño que nos ofrecieron nuestro primer concierto. Una casualidad llevo a otra y un concierto llevó a otro. La chispa volvía. La pregunta latía detrás de cada actuación y la respuesta era el viaje, el viaje mismo.

Un viaje que ahora nos ha traído a Granada, en pleno febrero, en busca de la suerte o el destino. Quizás fuera el azar el que nos metiera en este piso desde el que observamos la majestuosa silueta de sierra nevada, pero seguro que ha sido el destino compartir estos días con la gente con quien los hemos compartido. Mi prima y su novio, estudiantes de filosofía que no han cejado en su empeño por extraer el oro de la oscura mina de la universidad, nos han alojado en su casa. Un piso grande y desvencijado que

comparten con otras cuatro personas a las que estamos llegando a apreciar. Ahora la música la descubrimos mirando hacía las cumbres nevadas desde el balcón de la casa en que dormimos. Y es en esas cumbres, y en este frío del sur en invierno, donde resuena la tonada que ha de medir nuestro presente. Un presente que, ya por suerte o por destino, nos ha traído hasta esta casa, desde donde escribo, pues Adriana, una amiga de mi prima, y compañera de piso de nuestros días en Granada nos ha pedido un favor. Escribir una reflexión, una historia, un resumen... para intentar ganar un concurso de relatos. En plena madrugada.

20 de febrero de 2013.

CAPÍTULO III

Andrea

El día en que nos conocimos ella estaba sobre el muro de la facultad, yo no conocía a nadie en Granada y estaba un poco nerviosa de comenzar a estudiar nuevamente después de tantos años.

El año anterior había sido muy extraño y mi vida había tomado un rumbo totalmente aleatorio. Estaba viviendo con mis ahorros e intentaba gastar lo menos posible, a pesar de eso veía como mi dinero iba desapareciendo rápidamente y me angustiaba mucho pensar que pronto ya no me quedaría nada, sabía que tenía que encontrar un trabajo, me imaginaba a mi misma viviendo dentro de unos meses en la más absoluta pobreza. A pesar de todo, ahí estaba yo obstinadamente mirando a esa chica que disfrutaba del sol sin ningún signo de preocupación, no sé si sentía envidia o era que me parecía familiar, pero me encontré a mi misma inventando todo tipo de historias sobre ella aunque era demasiado joven para tener una historia interesante, me imaginaba que era una actriz y que había venido a Granada a probar suerte o que tal vez era una recién graduada de alguna universidad del norte de Europa pasando un año sabático. Me la imaginé con su novio músico viajando por Andalucía. En cualquier caso pasé diez minutos divagando sobre la vida de esa chica y me sentí tranquila por primera vez en el día, lejos de los pensamientos que tenían que ver con las circunstancias que me habían llevado a ese momento. Pero ahí estaba

ella, prendía un cigarrillo y yo instintivamente en un acto reflejo e inconsciente comencé a buscar mi tabaco dentro del bolso. De pronto y después de registrar exhaustivamente el interior sin encontrar ni rastro de mi paquete de tabaco, levanté la cabeza y ahí a menos de un metro de mí, la chica de la pared estaba mirándome con una sonrisa.

—¿Quieres un cigarrillo?—.

Me preguntó sin dejar de sonreír, tenía la misma actitud inmutable de antes, como si todas las cosas que hacía las hubiera ensayado cientos de veces hasta transformarlas en algo completamente natural. Yo estaba un poco desorientada, por contraste yo era de tipo torpe y todos mis movimientos, incluso articular palabras se transformaban en un verdadero esfuerzo cuando estaba nerviosa. Le dije que sí y ella me extendió una cajetilla de *Camel*, hace meses que no había fumado un cigarrillo industrial y me alegré de no tener que liar un cigarrillo en ese momento.

Ella comenzó por preguntarme de dónde era —supongo que mi acento delataba que no era española— y cada vez que me preguntaba algo yo respondía con una frase corta a la que le seguía invariablemente una pregunta equi-

valente. Después de un rato de este diálogo monótono yo me había enterado de gran parte de su historia y entre otras cosas que estaba ahí esperando a una amiga que iba a comenzar el mismo máster que yo.

Mientras ella me contaba como había decidido ir a estudiar a Granada y que le interesaban los estudios de performance. Yo pensaba que quería estar con ella teniendo esa misma conversación en algún bar frente a una cerveza fría, algo que me permitiera relajarme y no seguir actuando como una niñita torpe. No fue realmente una acción voluntaria, pero mientras veía como sus labios se movían acompasados con un leve movimiento de sus hombros, le dije sin más que nos fuéramos de ese lugar a algún bar, para mi sorpresa ella dijo que sí y que de hecho, le parecía una idea buenísima.

Esa tarde estuvimos bebiendo y hablando, finalmente yo había logrado parecerme a mí misma y perder un poco el extrañamiento frente a esa chica que en pocas horas había pasado a ser mi única amiga en Granada. En el bar, junto a nosotras había un tipo rubio que trataba de entablar conversación de forma insistente, se estaba volviendo realmente molesto y de pronto, tal como antes, de una forma completamente

natural ella se me acercó y me dio un beso, un beso largo que yo respondí sin sentir que fuera algo extraño o desagradable. Yo nunca había besado a una chica pero en ese momento puntual me parecía que era exactamente lo que tenía ser. Por supuesto, el tipo que nos había estado molestando hizo un comentario soez y luego desapareció.

Nosotras por nuestra parte nos comenzamos reír, aunque la situación se había vuelto un poco incómoda y yo no encontraba la manera de preguntar si a ella le gustaban las mujeres o decirle que yo era hetero pero que desde que la había visto esa tarde me había sentido atraída. No fue necesario decir nada. Me vi subiendo por los cerros bajos, por callejuelas siguiéndola hasta su casa, me vi entre las frazadas revueltas en una lucha que a ratos era un juego entre risas, y a ratos era algo distinto, casi solemne, me vi tomando desayuno, hablando con ella del fin del mundo y de mi idea de escribir una novela sobre zombis bolivianos, me vi regresando a esa casa después de la universidad hasta que el camino se volvió parte de mi rutina, me vi despidiéndola cuando terminó el semestre.

Ahora estoy comenzando el segundo semestre, he hecho amigas, Granada ya no es más una

ciudad ajena y he vuelto a escribir, esta vez por razones distintas. He convencido a Adriana de que podemos escribir una gran historia, una historia sin grandes aspavientos pero digna de un premio que podría permitirle pagar su matrícula, razón más que suficiente para volver sobre el comienzo de esta historia.

20 de febrero de 2013.

CAPÍTULO IV

Carlos

El 15M había surgido en las calles, la gente respiraba otras verdades y se olvidaba del día a día para concentrarse en un pensamiento común, asambleario y en busca del cambio. Yo estuve allí, la primera noche que se decidió dormir en la plaza y *okupar* los alrededores de esa fuente que más tarde se convirtió en el centro de toda una nueva vida urbana. Valladolid, 15 de mayo de 2011. Sin embargo, a las 8 de la mañana tenía que coger el bus de vuelta a la escuela, otro día más lleno de clases, de ensayos, debates, teatro, teatro y teatro... Quedaba un mes para

que representásemos la obra *El sueño de una noche de verano* del bien conocido Shakespeare. Quedaba un mes para que acabara mi carrera, un mes para el final. Mi día a día se resumía muy fácilmente. 7 de la mañana arriba, clases, 3 de la tarde, un bocadillo en la sala de alumnos, café de máquina, ensayos, 10 de la noche, cena, sacar al perro, repasar texto y a la cama. Esto podría parecer algo aburrido, cansado, rutinario; sin embargo era verdaderamente apasionante. El teatro era mi vida, y nunca podría haberlo dicho tan sinceramente. Teatro desde el amanecer hasta el anochecer, teatro en los pasillos de la universidad, teatro hasta en el bocata de tortilla. La creación afloraba minuto a minuto y eso es lo que luego nos hizo triunfar, nos hizo disfrutar.

Pero como describía al principio de este fragmento, las calles estaban abarrotadas de gente en busca del cambio social y tampoco quería perderme aquello, así que me cargué de energía y...

El teatro y la creatividad me daban fuerzas para salir a la calle y el ímpetu de la gente me daba energía para volver al trabajo de la universidad. Era muy sencillo: de clase a la plaza y de la plaza a clase.

Así es como cada noche de ese mayo se convirtió en *el sueño de una noche de verano*.

Un mes después la gente volvía a sus casas cargada de sacos de dormir e ideas que en un futuro se convertirán en hechos, pero que de momento quedaron ahí, en la mente. ¿Y yo? La obra se representó en seis ciudades diferentes, ganamos premios, conocimos lo que significaba el teatro como profesión. Nos fue bien, nos fue muy bien. ¿Y después? Yo, y creo que la mayoría de mis compañeros fuimos arrojados al abismo de la duda y la temeridad que sobrevienen al final de la etapa de estudiantes. Arrojados cruelmente por una sociedad que solo se preocupa de mantener al pueblo ocupado en busca de un trabajo seguramente no digno y carente de oficio. ¿Para qué habían servido aquellos años de escuela, de formación, y de aprendizaje? Todo por lo que la gente había salido a la calle, todo aquello que se había intentado cambiar se desplomaba como un saco de melones sobre mi cabeza. En fin... ahí estaba yo, cayendo por el precipicio a velocidad desorbitada, hacía un suelo duro y desértico al que podríamos llamar: “futuro incierto”, sin ninguna rama a la que agarrarme.

Durante un tiempo me dediqué a aprender inglés, me dejé caer por pequeños teatros, trabajé

como figurante, me presenté a castings, grabé un videoclip, fui a clases de danza telas, trapecio, cine, informática... hice un par de cortos y trabajé en la biblioteca de una pequeña compañía italiana. Parecía que me había sumergido en un mar de actividades y tiempo ocupado; sin embargo nada de aquello me daba algo a lo que agarrarme y seguir, nada era continuado... seguía sumergido en mi propio abismo. Cuando algo ocurrió.

Un día, tras mi vuelta de mi viaje a Italia, planeando entre pensamiento y pensamiento me fui a tomar un vino dulce a un famoso bar de Pucela, Valladolid, donde siempre podías dejar la mente fuera, donde siempre conocías a alguien: El Penicilino. En aquel bar— creo que era junio— me encontré con un viejo amigo de la infancia, o quizás del instituto —bueno creo que eso es parte de una buena historia que me pasó, pero dejémoslo para otra ocasión—.

Aquel día me reencontré con Nicolás. Él había aprendido a tocar la guitarra y componía bellas canciones, y yo me estaba reencontrando con mi saxofón después de cinco años. Charlamos, bebimos vino y decidimos juntarnos de vez en cuando para charlar, beber vino y juntar nuestras músicas. Así fue.

Pasaron unos meses durante los cuales surgieron canciones, letras, acordes que nos empezaban a gustar, nada quedaba cerrado, pero sonaba bien, y nos divertíamos.

Cerca ya de diciembre, una buena amiga que organizaba las actividades culturales de una casa okupa de Valladolid nos ofreció tocar en aquel lugar. Al principio no supimos muy bien si aceptarlo pero la idea nos atraía y era una buena posibilidad para mostrar aquellas canciones sin terminar que habíamos ido creando. Aceptamos, y la verdad es que salió bien, la gente se divirtió, nosotros nos divertimos y aquello se podía empezar a llamar música.

Después de aquel día todo empezó a ir hacia arriba.

Sin darnos cuenta nos fuimos a Madrid a tocar en la presentación de un libro de un amigo. Estuvimos en varios bares, volvimos a Valladolid, otro concierto más. Música, música, música. Surgían canciones nuevas, otro bar más, acompañados de un pintor de cuadros silenciosos. Ganamos algo de dinero entre gorras y música en la calle y cuando creíamos que aquello no era más que un *hobbie* nos dimos cuenta que nuestra vida podía seguir por ese camino y, de pronto, en ese abismo en el que

había caído encontré una rama grande florida y fuerte a la que agarrarme.

Y aquí estoy, febrero de 2013. Granada. Nico y yo llevamos una semanita en esta hermosa ciudad, tenemos un grupo de música, hace dos días que hemos vuelto a tocar y a la vista hay dos conciertos más. Una canción nueva que se suma a las 13 ya en nuestro haber y en mente sacar una maqueta para vender y seguir en este barco lleno de notas con visión de futuro.

Así, entre ensayos, risas y gente bella aparecemos en casa de Isa. Isa está con Adriana y otras amigas a las que todavía no conocemos, nos invitan a un vino y nos cuentan que están pensando en escribir una historia para presentarse a un concurso de relatos. Resulta que a Adriana no le han concedido una beca y el premio del concurso sería un buen ingreso para seguir estudiando. Sólo tienen esta noche para redactarlo y Nico y yo nos ofrecemos a ayudarlas. La idea es escribir un relato entre todos para ahorrar tiempo, cada uno se encarga de una parte y aquí estoy, escribiendo la mía.

20 de febrero de 2013.

CAPÍTULO V

Adriana

Martes 19 de febrero de 2013, la tarde se presenta larga y agónica. El patio de la facultad parece más triste que nunca bajo la lluvia gélida de invierno. Solo un gato fiel ha aparecido hoy para el ritual paseo por encima de las carrocerías de los coches aparcados. Metodología de la Investigación, la asignatura de hoy, resulta ser simplemente un nombre, que bajo la apariencia de algo que va a hacer que nuestros nombres aparezcan en las bibliotecas, esconde una letanía de programas informáticos, bases de datos, catálogos, y *pdfs* que ni siquiera a la generación del 2.0, nos atrae. Dispuesta a evadirme un rato, abro el correo electrónico esperando encontrar algún mensaje gracioso que me alegre la tarde. Sin embargo lo que iba a ser una liturgia de entretenimiento banal se ha convertido en un encuentro de lo más antipático con la realidad.

Recibo un correo del MECD, con el siguiente mensaje:

Pongo en su conocimiento que su solicitud de beca para el curso 2012/2013 convocada por el Ministerio de

Educación, Cultura y Deporte ha sido resuelta. Deberá descargarse su notificación desde la sección de trámites o notificaciones de la sede electrónica del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte ((<https://sede.educacion.gob.es/>)).

Atentamente,

La Subdirección General de Becas, Ayudas y Movilidad de Estudiantes.

Con el corazón acelerado dejo definitivamente de escuchar cómo funciona *Refworks* y tecleo desesperada mis claves de acceso en la página del Ministerio de Educación. MI BECA HA SIDO DENEGADA. Por lo visto sobrepaso los umbrales de patrimonio. Creía que mi yate privado y mi casa en Niza no eran considerados patrimonio. Un error de cálculo. Lanzo una mirada de desesperación a mi amiga Isa. No lo puedo creer. ¿Cómo sobrevivir los meses que quedan de curso?

Analizo la situación. Tengo 24 años. Trabajos de camarera, monitora, recepcionista, guía, canguro, operaria de fábrica, prácticas, prácticas y más prácticas, conforman mi currículum. Mi contrato actual como becaria asciende a los 200 euros mensuales, he cotizado poco más de un mes a pesar que llevo desde los 16 trabajando

todos los veranos, y encima en plena crisis me he puesto a estudiar un máster y me saco exámenes de inglés. Soy muy original. Me río, y eso también es propio de mi generación, el desencanto y la ironía. Vaya por Dios, nunca había pensado que fuera tan ordinaria y a la vez el reflejo de una capa etaria. La generación, a la que llaman: perdida.

Salgo de mi narcisismo y oigo a lo lejos como, seria y cargada de razones, Andrea, más experimentada en la vida y más curtida que las jovencitas españolas —puesto que como ella dice orgullosa es sudaca, madre y poeta— dice que no deberíamos esperar que el estado nos resuelva nada. Debo apuntar que ella es de Chile, el país más neoliberal del mundo. Sabe de qué habla.

Pero no la escucho mucho. Pienso que voy a llamar a mis padres y contarles que necesitaría que me prestasen 1.700 euros. Meto los libros en la mochila acongojada. A la vez pienso que no debería haber gastado tanto en Granada, que soy una pija, que quizás ni debería haber estudiado este máster sin saber si iba a contar el dinero suficiente para pagar la matrícula. ¿Somos un país de nuevos ricos? ¿Vivimos por encima de nuestras posibilidades? ¿Somos niños

con demasías expectativas en el papá estado? ¿O quieren que pensemos eso? ¿Qué somos? ¿Qué pensamos? ¿Pensamos?

Isa me saca de mi ensimismamiento. —¡Eh morro! ¿Una caña?— Para cañas estoy yo. —¡Dale Adriana! —dice Andrea— no te apures, si los criterios de las becas son absurdos hay que encontrar alguna solución absurda. Presentémonos al certamen literario de la biblioteca. ¡El premio para ti, y a pagar la matrícula con eso!—. ¡Madre mía! Eso solo se le puede ocurrir a Andrea. Lo que me faltaba. Solo quiero ir a casa, echarme en la cama y pensar en cómo plantear el tema a mis padres.

—¡Qué sí! ¡Qué sí! — Grita Isa— A mi casa a cenar y a escribir como locas. —¡Vamos a ganar Adriana!— Dice Andrea llena de convencimiento. Sarah, nuestra representante de la universidad más prestigiosa de California, Berkeley, preocupada porque su gato está a punto de morir en la otra punta del mundo y con una jaqueca incipiente, se apunta. Me veo envuelta en vorágine de locura, de absurdo. Me miran todas expectantes.

¿Qué hago? Al fin, me digo: ¿Qué es la universidad, sin momentos alocados, sin planes insensatos? ¿Cómo voy a negarme a semejante

delirio, si las más listas de la clase lo proponen? ¿No es mi vida desde que llegué a Granada un cúmulo de situaciones sin sentido? Lancémosnos pues al disparate. ¿Qué podemos perder? ¿Horas de sueño? Llevamos muchas perdidas desde que el salón de mi casa ha sido ocupado por Nico y Carlos, dos músicos que quieren tocar por los bares de Granada, aprovechando que su prima tiene casa en la ciudad, y muy buena voluntad.

Visita al *Covirán*, bien de comida y unas botellas de cerveza. Cuando Andrea, Sarah, Isa y yo abrimos nuestros portátiles, dispuesta a ponernos manos a la obra, llaman Carlos y Nico, que se vienen. Son fáciles de convencer. Confío en su talento para escribir un buen relato. Un relato ganador.

Andrea escribe a mi lado en su pequeña computadora rosa, mientras yo le hago un masaje a Sarah para aliviar su migraña. Ella escribe un estupendo relato con un deje a barrio bajo de California. Isa se hace la despistada fumando cigarrillos en la ventana y Carlos nos pide silencio porque necesita concentración. Nico, dándonos la espalda, escribe callado bajo un flexo. Y yo emocionada, no puedo sino pensar, que junto a la gente adecuada una tarde larga y

agónica puede convertirse en una noche digna de ser contada.

Y eso es hermoso, tanto, que por estas veladas merece la pena ir a la universidad y perder una beca.

Lástima que ellos son personajes inventados y mañana ya no van a estar.

20 de febrero de 2013.



David Cortés García

Bolígrafos anónimos, sueños sin tinta

David Cortés García

Bolígrafos anónimos, sueños sin tinta

A Linda.
Y al destino.

A las tres y media de la madrugada del lunes volví a escudriñar el reloj digital del teléfono. No habían transcurrido ni diez minutos desde la última vez pero repetí el gesto, apenas por un impulso incontrolable. En ese momento, oí el transparente envoltorio del tabaco de Linda, y a sus manos, buscando el último porro de *White Widow* para llevarse a la boca. En menos de seis horas empezaba las clases en la universidad. Historia de la Lengua.

—¿Preparo un tríptico?

El prácticamente imperceptible bip del *smartphone* interrumpió la cotidianeidad, agazapada bajo la música de Jocelyn Pook, invitando a la confidencia y a un mundo intangible, de latente imprevisibilidad, sin testigos, del que solo ella y yo éramos partícipes: «Paso a verte con un colega. ¿Qué número era?». Fabio nunca se acordaba del número de la casa. No importaba cuántas veces se lo repetías, ni de qué manera, siempre necesitaba una aclaración. Me veía a mi mismo como un guardia de tráfico. Ahora subes por esta calle. Después giras por la siguiente. En silencio, los del primero se acuestan tarde. Si armas jaleo, llaman a la policía. ¿Cuántas veces se lo había explicado...

Había conocido a Linda semanas atrás. La noche, que tanto embrolla y desbarata, nos había puesto cara a cara, pupila contra pupila en un lugar que carecía de importancia ahora. Sin formularnos muchas preguntas, y con demasiadas respuestas, elegimos mi casa para aún no sabíamos qué. Como el deseo que acompaña una estrella fugaz, como un tren de medianoche a Praga que guarda dos asientos en un desvencijado vagón, presentí que aquella chica se convertiría en la pasajera incógnita de un viaje para dos, con billete de ida y destino incierto.

La puerta sonó estrepitosamente. De la nada, dos sombras se precipitaron en el salón haciendo añicos una perfecta armonía que ya añorábamos. Fabio, tambaleándose, señalaba una silla de la estancia a su acompañante.

—Hemos traído un litro. ¿Queda todavía, no?

La pareja de baile de aquella noche de Fabio acercó a Linda la *Alhambra*, envuelta en una mojada bolsa blanca de plástico destinada a burlar la prohibición de la venta de alcohol que a partir de las 22 horas regía sobre los establecimientos chinos, los únicos que podían encontrarse abiertos a esa hora. Linda mostró la palma extendida de su mano, giró levemente la cabeza hacia su izquierda, reclinando la oferta, mientras analizaba cómo el recorrido del reguero de cerveza sobre la mesa había cesado deteniéndose justo en el borde de una antigua cartera de cuero, que a suerte de cariátide sostenía seis rayas de ketamina. Bajé la música. Acomodándose de nuevo en el puf, Fabio se dispuso a hablar. Carraspeó.

—Tres de zuspa, medio de eme y veinte pavos de esa yerba—dijo, señalando el cigarrillo a medio terminar que Linda inhalaba sin pestañear.

Con pocas horas en la cama me separé de Linda, desnuda y entregada a sus sueños. Por un

instante reconsideraré quedarme con ella, volver a situar mis rodillas entre el hueco de las suyas, introduciendo muy despacio mi brazo izquierdo entre su pecho y sus manos. La alarma del móvil sonó nuevamente. Con cuidado de no despertarla, silencié el teléfono, dirigiéndome al piso de arriba a preparar café. Al extender las contraventanas contemplé la apacible vida en el barrio. La mayoría de las persianas de mis vecinos se encontraban recogidas como caracoles inertes sobre sí mismas, indicando que la actividad en sus casas ya había comenzado.

Los casi dos metros del profesor titular de Historia de la Lengua, así como su *iPad* de tercera generación en el que se resumía su atención al entrar en el aula, no llamaban tanto la atención como la ingente cantidad de información de calidad que sobre el contenido de su asignatura atesoraba. A pesar de ser la primera hora de la mañana estaba seguro de que daría sus clases de la misma manera a las ocho de la tarde. Ritmo frenético. Zas, zas. Jogging intelectual.

—¿Estáis despiertos?

Tras esta retórica consulta de cariz filosófico, comprendía, que el estar allí, en aquella gélida sala, con tan pésima iluminación e ínfima

acústica, merecía la pena. Aquel docente había tomado al salir de su casa la infrecuente determinación de enseñar, de enseñarnos, y esa era una oportunidad de oro que mi criba yanqui no iba a dejar escapar.

La clase transcurrió como un disparo certero. Esa asignatura se erigía entre las demás como el paradigma de la excelencia educativa. No tomábamos apuntes o, lo que es peor, tampoco se dictaban. De hecho, teníamos prohibido cogerlos. Debíamos atender y comprender. Nada más. Después, y solo después, podíamos sintetizar el nuevo material en unas breves notas que incluso a veces, a modo de juego y estímulo cognoscitivo, intentábamos encajar en un puzzle de cinco palabras. Nada más. Ritmo frenético. Zas, zas. Jogging intelectual.

De las obsoletas aulas de las cocheras de la facultad de letras, al recién estrenado ala de la misma, mediaban escasos minutos, en los cuales, entre clase y clase, como en los túneles, escaleras y galerías subterráneas del cualquier parada de metro del centro de Londres, se cruzaban cientos de usuarios, en este caso estudiantes, profesores, personal administrativo, limpiadores, doctorandos..., cada uno con su papel bien asumido y con la amenaza de la acuciante aguja del reloj a

la espalda, marcando el paso. Intercambiábamos emociones que interiorizábamos en una fugaz mirada; dejábamos entrever cómo nos sentíamos en un saludo que daba para poco más; nos explicábamos en conversaciones de sesenta segundos; otras veces desayunábamos juntos o comíamos, entonces, nos desahogábamos. Más horas lectivas, menos dinero, enseñanza deficiente. Más horas laborables, menor plantilla, resultados a la vista. Desbordamiento colectivo. Fondos europeos que encogen, matrículas que colapsan a las familias, que incapacitan el porvenir de cualquiera, becas que llegan tarde o no llegan. El fantasma de la privatización de la enseñanza que asusta. Desánimo popular garantizado. La universidad era esto y mucho más. Un engranaje en óptimo funcionamiento para unos y una bomba de relojería para otros. Todos formábamos parte. Teorizábamos acerca de la universidad. La criticábamos. La apreciábamos. La odiábamos. Nos implicábamos. No nos importaba nada. Estábamos de paso. La cambiaríamos.

En los escasos minutos que me separaban de mi siguiente clase todavía me quedaba tiempo para un café de máquina. *Cappuccino* avellana. Ni era un *cappuccino* ni sabía a avellanas. Todos

los cafés de máquina de cualquier universidad tenían el mismo sabor, además de acuosos y sin cuerpo, pero igual introducía las monedas. Los niveles de azúcar de mi organismo alcanzaban cotas que alarmarían a un diabético. Mejor una sobreexcitación que una hipoglucemia. Segundo café del día. A partir del cuarto no conciliaría el sueño.

Aún con el recipiente de plástico ardiendo en las manos, y un creciente malestar psicossomático provocado sin duda por la falta de sueño y los excesos, avancé entre las filas de asientos de mi segunda hora del día. En esta ocasión prefería las incómodas sillas de la parte trasera. El alumnado, en su sitio; folios fuera, bolígrafos descapuchados. Empieza la cuenta atrás. El lento pierde. El más rápido no presta sus anotaciones. El profesor en su puesto, a su hora, con pulcra exactitud. Sobre la mesa un portátil, cortesía de la casa, una botella de plástico sin etiqueta que rellena afablemente de agua antes de cada partido y una carpeta, la cual custodia el preciado metal: cincuenta, quizás sesenta, amarillentos folios corroídos en sus extremos por el paso de los años con el ínclito contenido de la asignatura a los que sólo unos pocos tendrán acceso. Conocimiento

limitado a los diestros en el arte del cálamo. Pasos agigantados en la era digital.

Hace poco me contaron cómo una profesora había prohibido el uso de portátiles en sus clases aduciendo como motivo una pérdida de intimidad. ¿Pérdida de intimidad? Stanford, con más de cinco años posibilitando el acceso *online* a las clases magistrales de su profesorado, parece funcionar con otros parámetros de privacidad y de cooperación. Como argüía Robert Sapolsky, en una de sus excelsas clases de Biología del Comportamiento Humano disponibles en la red, las sociedades de organismos más cooperantes evolucionan de forma exponencialmente más rápida que una sociedad no cooperante.

Con el codo y aguantándose la risa, una compañera me indicaba que el profesor me había formulado una pregunta e impaciente, aguardaba la réplica.

—No, no tengo hecho el ejercicio.

En esos momentos buscaba infructuosamente entre mis cosas el babi a cuadros con mi nombre cosido en hilo azul de las clases de parvulario. Tampoco quien me inquiría portaba una bata blanca ni había ceras de colores a mi alrededor.

—Si no trabajáis en casa, poco podemos hacer nosotros.

La casa. Tenía que avisar al casero y pagar el alquiler. Con la compra de Fabio a última hora de ayer habría suficiente. Tras una exhaustiva búsqueda y una ardua negociación, había acordado con el dueño una renta baja, aceptando unas condiciones muy particulares, como el alquiler en mano o un mero contrato verbal sellado en un apretón de manos, como en tiempos de la vieja Roma, pero sin escupirnos antes.

De repente, me sobrevino el cansancio. La extremadamente volátil química de mi organismo, en equilibrio previo a través de un Ibuprofeno de 600 mg. que jugaba sus últimas cartas, anunciaba el inminente colapso. Como un castillo de naipes de bases de algodón de azúcar que pretende rozar el cielo con sus bastos, mi funcionamiento interno se desmoronaba. Miré la hora. En diez minutos se pondría fin a mi particular calvario. Busqué un caramelo en la cartera al que aferrarme para sobrevivir al naufragio.

Una vez fuera, en los servicios, con el murmullo constante de veloces intercambios comunicativos como telón de fondo y la cara empapada, presté atención al teléfono y a las múltiples llamadas perdidas. Con el volumen del móvil en silencio desde que me despertara, bien podían mis contactos insistir e insistir.

Yerba. Tan temprano no podría ser otra cosa. La noche demandaba metanfetamina, ketamina, éxtasis o zuspa. Las mañanas sobrevolaban otros paisajes, otra orografía.

Acordé desayunar en un punto intermedio. Nunca hablaba en el móvil ni respondía a teléfonos que no reconociera. Solo atendía a conocidos o a conocidos de conocidos que previamente me presentaban. Jamás violaba esa premisa. En las llamadas o mensajes no mencionábamos nada. Quedábamos para hablar, ponernos al día o tomar una caña. Con los más cercanos, como Fabio, existía otro código de conducta y una total disponibilidad, además de un explícito acuerdo sobre quién podría acompañarle a la casa, basado en una amistad y plena confianza cimentadas en muchos otoños, y algún que otro invierno.

Gabi me esperaba en la única mesa de la terraza a la que el sol premiaba. Con el carajillo en las últimas, unas abultadas ojeras y el cenicero a rebosar, como el cubo de basura de un descuidado piso de estudiantes, en el que siempre se encuentra lugar para un desperdicio más.

—¿Te animas?— me espetó, mientras apuntaba a su carajillo con el dedo recubierto de mugre enarcando las cejas

Pedí uno con leche y media de tomate. La función de Gabi daba su inicio. Único testigo. Me desembaracé del abrigo, abandoné el gorrito de lana a su suerte en una mesa adyacente, lié con calma un Manitou y me dispuse a escuchar, pues era el único modo de interacción que mi amigo permitía.

Empujado de golpe y porrazo en los cuarenta, como quien se recuesta por azar en una puerta que acaba cediendo, Gabi conservaba una pueril expresión en la mirada disimulada con rotundidad por sus áridas facciones y cicatrices. De lejos, si te lo cruzabas por la calle, daría la impresión de que te pediría dinero. De cerca, y en el trato, era una de las personas más íntegras que conocía con una de las peores dentaduras de la historia de la humanidad. Su incesante habla monzónica era un caudal de imprecisiones morfosintácticas que arrastraban un léxico estéril que no debía superar un DIN A4 a doble cara. Las entrecortadas y sucesivas apreciaciones que realizaba le conducían sin descanso a inaugurar nuevos afluentes temáticos, que al avistar terrenos pantanosos, le obligaban a remontar el curso del río de su pensamiento por medio de un insignificante hilo de nailon gramatical que, sorprendentemente, pocas veces se desprendía

de su pesada carga. Sin embargo, cuando así sucedía, el silencio se alargaba ni la mitad de una semicorchea, retomando con un vigor renovado nuevas embestidas contra la lengua de Nebrija y la lógica de Hegel. De la teoría de las cuerdas de tender la ropa, a determinar, con una incontestable precisión, los orígenes de la crisis económica en dos años consecutivos de malas cosechas de sandías en su pueblo, a Gabi no se le escapaba nada. Técnico nato, encontraba abismales carencias estratégicas en el juego de la *canarinha* en la época de Luis Felipe Scolari. Convencido devoto de una portada suya en la revista Time, si no le hubieran fallado los proveedores, en una excepcional oportunidad de negocio en una multitienda tan accesible a la civilización como la Isla de Man. No había pisado un aula desde los dieciséis, edad en la que hipotecó su futuro, abandonando para siempre su formación, solicitado por sus progenitores para arrimar el hombro en una frutería que, con el tiempo, acabaría dirigiendo, llevando a la ruina en corto plazo un negocio familiar de tres generaciones.

Refutados o aprobados con un ligero balanceo facial, los comentarios de Gabi no daban tregua, se yuxtaponían al libre albedrío, sucediéndose

como una interminable carrera de galgos asfixiados. La biodescodificación; el cambio climático; la física cuántica; el número áureo; la literatura femenina en el Caribe; la vuelta de Camacho al banquillo merengue...

—En internet está todo—, sentenciaba.

Sacudiéndome las migas de la tostada en el pantalón, mientras Gabi me clarificaba los entresijos de la administración otomana, me acordé de Linda.

Ante todo desventurado pronóstico de nuestro allegado círculo de amistades, en incomprensiblemente poco tiempo, y con las palabras suficientes, habíamos establecido un vínculo de geometrías imposibles. Nuestro mundo, de dimensiones imprecisas, gravitaba en certezas e inverosimilitudes, improbabilidades de descripción inefable. Antes de conocernos, nos adivinamos. Nos habíamos imaginado tantas veces. Intuíamos la existencia del otro, creíamos en su realidad, en los ojos que aún desconocíamos, en la palabra no dicha. El azar, golpeando la puerta de nuestros anhelos más recónditos, noqueó al mismo tiempo nuestras vidas, sumiéndonos en la más remota e inusitada de las inconsciencias, despertándonos junto a alguien que coincidía escrupulosamente con la imagen tantas veces

repetida en nuestros sueños. El otro lado que buscábamos, nuestras desasistidas aristas imperfectas, incluso aquel recoveco en el corazón olvidado, encontraban con descanso y alivio su doble simétrico, la perfecta proyección del otro repetida ante el espejo.

Gabi maldecía entonces la suerte de los Barca ante los Escipiones, alabando las mil y una estrategias del general cartaginés que, aún no lograba comprender, comparaba con el director de marketing del Mercadona.

—Ese es fenicio, te lo digo yo.

Me despedí de mi estrambótico y estrafalario amigo. Nos abrazamos. Me explicó como pudo que había concocado a un “patas” de Australia, como decía él —por influencia de sus amigos chilenos—, que buscaba ketamina. Un litro. Mil euros. La matrícula de febrero y dos meses de alquiler. Pagaba a tocateja. Él se encargaría de todo. Pasaría por casa, recogería la keta, quedando con el australiano en casa de unos conocidos de Gabi para realizar la transacción y cubrirse las espaldas.

En el momento presente, Gabi no consumía. Fumaba yerba, nada más. Bueno, a veces se lo tenían que llevar a rastras del bar, pero eran las menos. En otra época estuvo muy pillado.

Coca base. Le destrozó los dientes de por vida. No me pedía nada por el tejemaneje, aunque sabía, por la amistad que profesábamos y la negra sonrisa que me obsequió como despedida, que, si se cumplían sus cábalas, su bote de *White Widow* rebosaría por espacio de un mes, facilitando a su alma un retiro espiritual de obligado cumplimiento, además del descanso eterno, hasta la última calada.

De vuelta a casa, Linda se había marchado. De la cocina todavía rezumaba el olor a pimentón dulce y albahaca. La luz se tamizaba entre las cortinas de forma ininterrumpida, dotando de una inusual e imprecisa presencia a los objetos, los cuales, carentes de toda voluntad y capacidad de olvido, delataban los pasos de Linda de aquella mañana. El inmóvil cojín, detenido por la brusquedad del tiempo, todavía estiraba sus brazos de tela en el respaldo del sofá. Frente a él, la mesita baja de cristal que, de manera sumisa, aún mantenía los subrayados manuales de la facultad sobre los que Linda trabajaba. Junto a estos, los posos fríos del té con leche en la taza sin asa de Budapest y el cenicero de madera con un solo cigarrillo de liar, despreciado tajantemente al encenderlo.

Paralizado en medio de la sala, con el abrigo y el gorrito de lana cumpliendo su función, releía las sombras e interpretaba las ausencias. Observé la cámara de fotos sujeta en el espigado taburete inerte, deforme, yaciendo bajo la ventana. Como el frágil anciano de la cinta de Jeunet que, tras toda una vida pintando el mismo cuadro de Renoir, se recreaba en la minuciosidad de sus detalles, o aquel guión de Auster en el que un estanquero fotografiaba la misma calle de Brooklyn a la misma hora, Linda retrataba cada mañana el cielo —nuestro cielo—, decía.

Atendí el resto de llamadas perdidas, aplazando cualquier contacto con la humanidad hasta nuevo aviso y desconecté el teléfono, saturado de una vida perentoria, yerma de sosiego. Tomé una ducha tan caliente como el descascarillado termo y el escaso diámetro de unas tuberías acacias, paradójicamente a dos pasos del baño, pudieron brindarme. Maldije los tiempos modernos. Nada contribuía en mayor medida a irritarme como una ducha con agua fría. Joder. Se me habían ido veinte gramos de *Super Silver Haze* en la reparación.

Me recompuse paulatinamente a lomos de la catalítica del cuarto de baño, permitiendo pláci-

damente a mi ira tomar el mismo camino que el escaso vapor de agua contenido en aquel aseo de dimensiones niponas, situado entre el dormitorio y las escaleras que conducían al piso de arriba.

Ataviado con el chándal de mis horas de oficina doméstica, recalenté las patatas con acelgas al pimentón, al tiempo que ponía el tostador a trabajar y buscaba un caldo apropiado para la ocasión, acorde con mi restablecido estado emocional. Méndez Moya, Robles, Convento San Francisco, Luso... Sin duda, las patatas con acelgas pedían ineluctablemente Luso.

En el transcurso del almuerzo volaron las copas de la familiar bodega portuguesa. De obligado ritual, sostenía en el aire la acristalada cintura de bailarina por medio del pulgar y el índice, alzando al unísono el meñique por cuestiones genéticas. Como un deficiente enólogo o un rutinario consumidor de cocaína, lo recibía en nariz. Sorbía tímidamente. Apreciaba su festejado recibimiento por el paladar. Asentía y acto seguido lo degustaba en profundidad, retomando sin pausa el plato de verduras.

La tarde me condujo al sofá, a la sagrada siesta con la que desde zagal comulgaba con fe inquebrantable. Creo que alcancé a leer algunos versos de García Rosales antes de entregar mis

armas al mundo del subconsciente y el delirio. Incursiones otomanas en el Mercadona; Camacho adquiriendo la ketamina a Gabi, protegido por los Escipiones; costosas anotaciones en la facultad con un pupitre y un lápiz que menguaban incesantemente, al tiempo que crecía proporcionalmente mi angustia; Linda en mi espalda, primero acariciándola, después, restregando con fuerza la cámara de fotos hasta producirme sangre...

Fue su propia voz, sus propias manos, las que, acaecida la noche, me tranquilizaron desvelándome, retomando la vigilia, explicándome como a un asustado niño de cinco años que lo vivido se reducía a un sueño condenado al destierro del olvido, azarosas conexiones neuronales carentes de toda lógica.

Como un lazarillo estraperlista me guió en susurros hasta la cama, recostándose a mi lado sin quitarse la ropa. Recuerdo con nitidez el silencioso pacto, sellado a escondidas entre el pulgar y la palma de la mano.

A la mañana siguiente, ante la escalinata que preside la fachada principal de la austera facultad de Filosofía y Letras, fumábamos como si al calendario del mundo le quedara una débil e indefensa hoja por sustraer, ajenos a cual-

quier circunstancia climatológica. De reciente adhesión a las filas universitarias o de forzada continuación en nuevos estudios superiores, ante la extendida imposibilidad de encontrar un trabajo, insuflábamos vida a una universidad tan necesitada de nosotros, como nosotros de ella. Superpoblada, o mal planificada, la universidad acogía en su regazo a millares de estudiantes, cada uno adalid de su propia historia, portador de las mismas ilusiones infinitas, con proyectos coherentes, promesas esperanzadoras, brillante capacidad y juventud desmedida; mentes inquietas, en definitiva, que bien podrían ocupar con sus vidas las contadas páginas de un breve relato o una abultada novela. En su mayoría desconocidos para el resto, estos implacables guionistas narrarán sus sueños en la orilla del mar de sus confidentes, quedando inexpresados para los demás, irrevelados, inaccesibles, como si estuvieran sin escribir o escritos sin tinta.

Apuré el cigarrillo en sucesivas e intermitentes caladas, entrando después en el edificio de techos de hormigón, asumiendo mi papel, confundiendo mis pasos entre el ir y venir de carteras sin nombre y bolígrafos anónimos.

Granada, febrero de 2013



Ana Morilla Palacios

Georgina escritora

Ana Morilla Palacios

Georgina escritora

—“¿Vivir? Eso ya lo harán nuestros criados por nosotros”.

El profesor se detuvo asintiendo con un suave movimiento de su cabeza canosa. Un silencio mortal se apoderó del aula.

—Un excelente comienzo —dijo mientras depositaba la pluma sobre la herrumbrosa mesa que en otros tiempos había sido *art déco*—. Si es Villiers de L'Isle Adam y está escribiendo *Äxel*. Es la segunda vez que plagia, señorita Georgina... francamente, me sorprende.

—Le juro que no he copiado —protestó con sinceridad la muchacha retorciéndose las trenzas azabaches. Sus ojos negrísimo brillaban

anunciando una lágrima futura, para cuando llegara a casa.

—Y ayer se le ocurrió el del hombre que amaneció convertido en insecto.

Risas.

—Señores, lo único que les pido es que escriban un cuento original, no será tan difícil —se quejó el doctor dirigiéndose al nutrido grupo.

Susurros de preocupación recorrieron las desconchadas paredes. El calor húmedo alteró algunas frentes, algunas axilas. La decepción del profesor, que empezaba a arrepentirse de haber aceptado impartir aquel curso de narrativa en su querida facultad, podía olerse en las gradas de madera desvencijadas.

La chicharra gritona del timbre anunció el fin de la jornada. Los numerosos estudiantes se movilizaron como un resorte. La expectación que había provocado que el escritor y crítico reconocido internacionalmente volviera a la palestra se había visto colmada con multitud de matrículas. El revuelo de faldas de cuadros, camisas de flores y pantalones tejanos advirtió a Georgina que los últimos compañeros habían salido. Le pareció adivinar en el eco de sus voces palabras hirientes como “bicho raro”. Pauline le dijo adiós desde la puerta encogiéndose de hombros.

La esperaba sobre el estrado la mirada gris y severa del profesor, despojado de sus gafas de pasta, que estaba limpiando con un elegante pañuelo de algodón. Una vez limpias lo guardó en el bolsillo superior de la americana dejando asomar un pico.

Se llamaba Georgina Luisa Borges y con ese nombre tan vulgar como frecuente no podía ser escritora. La joven fantaseaba con un seudónimo a la medida de sus aspiraciones, tal vez Lucila Godoy, Neftalí Reyes o Rubén García Sarmiento...

—Esta misma mañana se me han ocurrido otros posibles relatos, papi —le dijo al tiempo que el doctor metía los últimos papeles en su curtida cartera—. Creo que alguno puede servir. Imagina un joven un tanto alocado que entra en el huerto de una bella muchacha... La ambientación sería entre medieval y renacentista, todavía no lo he decidido.

—¡Georgina Luisa!

—¿Qué? ¿No te gustó? Espera, tengo una buena: si una mujer seductora y con inventiva viera su vida amenazada podría dejar un cuento a medias, justito en lo más interesante para cautivar...

—Pues a mí me hubiera gustado parir *Madame Bovary* o *Ana Karenina*... pero ¡qué mala

suerte tengo!, ya lo hicieron otros antes que yo. ¡Y un señor de Alcalá de Henares se me adelantó con un hidalgo que se volvió loco de tanto leer! O ¿tampoco te suena esa novelita?

Aquella noche la aprendiz de escritora se fue a la cama con la sensación de haber tenido inservibles ideas, tan previsibles como el tiempo un día de monzón. Mientras, el destacado intelectual, toda una autoridad en literatura, se acostó con la sensación de haber fallado como padre.

* * *

Georgina no se alojaba (al contrario que la mayoría de estudiantes) en los colegios mayores que se repartían por la emblemática ciudad o en los apartamentos del campus. Vivía con su padre en el palacete de madera anexo a la biblioteca central, bandera y símbolo de la universidad: la casa del prócer que había donado el legado que hizo posible su fundación. Bosquecillos de palmeras, yucas y bambúes camuflaban el pistacho suave de la fachada en el verde del jardín; sólo los flamboyanes y las bromelias ponían una nota de color rojo.

El curso anterior, el rectorado (que disfrutaba de aquella maravilla) se había trasladado

a un moderno edificio con toda suerte de comodidades, y el rector, don Silvino Ocampo, se lo ofreció a su viejo colega el profesor Borges, tentándolo con un hogar colindante al templo de la sabiduría, y convenciéndolo para que volviera de su dorado exilio en la Gran Manzana e impartiera aquel curso en su país. Apenas unas horas lectivas de una asignatura práctica y amena, sin gran burocracia. No sin despertar algunas envidias en la comunidad docente, allá se trasladó el doliente viudo con su hija, que ese año comenzaría sus estudios de magisterio.

Georgina, apenas una niña (iba adelantada algún curso), había rechazado de pleno la filología y la traducción, materias en las que su padre sobresalía, y se había decantado por una disciplina donde no pudiera ser comparada con su brillante progenitor. Pero le estaba costando adaptarse, menor que sus compañeros y portadora de un leve deje extranjero, era el blanco de todas las miradas, diríase popular a la inversa. Solo congeniaba con Jeanne Pauline Sartre, una chica rubia de grandes ojos azules y origen francés, siempre vestida de negro (a pesar del infernal calor), contradictoria y existencialista, lectora compulsiva de Camus y la Beauvoir.

El comedor de su facultad podía ser un poco triste a final de semana, los alumnos preferían comer en Letras, Medicina o Derecho, mucho mas ambientadas a fuerza de una tradición superior. Pero ni Pauline ni Georgina se veían frecuentando aquellos ambientes que la mayoría aprovechaban para jugar a las cartas, hacer amigos o más comúnmente para ligar.

—Yo no copio, no es mi estilo...

—¿No me irás a decir que el profe te tiene manía?

Iban colocando la comida sobre la bandeja de madera, ¿una sopa criolla o un estofado pampero? Difícil elección. Les llegó el turno de pagar y por fin de sentarse. Unas chicas de último curso se quedaron mirando descaradamente cuando pasaron camino de su mesa. Las dos muchachas formaban una extraña pareja, Pauline enlutada de los pies a la cabeza y Georgina con unos jeans remangados hasta la pantorrilla, una camisa anudada a la cintura, y unos zapatos planos como los de Audrey Hepburn en *Sabrina*.

—Georgina, no me seas pelotuda, has utilizado algunos de los mejores argumentos de la literatura, pero ¡muy manidos!

—¡Si no había leído en mi vida al checo ese!

Yo soñé con un pobre hombre que un buen día se encontraba convertido en bicho... Toda la maldita historia me vino en un sueño...

—A lo mejor eres medium —dijo Pauline con un gesto grandilocuente de manos—. Supongamos que los espíritus de los grandes escritores contactan contigo y te cuentan sus ideas, cosas más raras se han visto.

El cuchicheo en la mesa contigua fue *in crescendo* al leve contacto de la palabra “médium”. Las cabezas se volvieron raudas. El humo de los cigarrillos comenzó a inundarlo todo.

—Conozco a una santera que nos sacará de dudas —susurró Pauline convencida—. Este fin de semana iremos a verla. ¡Nos emborracharemos!

—¡Estás loca! Mi padre me mata.

—¡Bah! Será como una investigación antropológica de campo...

—Imposible, tengo que terminar mi trabajo para el profesor Valdés. ¡Suerte tienes de que no has caído en su clase! Es un hueso, ya voy por cuarenta páginas y le parece ¡poco desarrollado! —se lamentó Georgina con impotencia.

—Ve a secretaría y pásate al viejo Nebrija. Es un santo, con cuatro paginitas asunto arreglado.

—Entonces tendría que soportar los reproches de papá.

—Pues sigue tecleando...

—¡Uffffff! ¡Me duelen los dedos de tanto aporrear la dichosa máquina de escribir!

—¡No te quejes! Tú tienes el último modelo de Olivetti portátil que va como la seda. ¡Si vieras mi vieja Remington, una chatarra! —se quejó Pauline.

—Creía que tus padres eran ricos —se asombró Georgina.

—Sí, también son marxistas y *hippies*, todo a la vez. Creen que esa tecnología moderna es una moda pasajera, como la televisión o los viajes espaciales.

—La electricidad, el teléfono, el automóvil.

—No te pases.

* * *

—¡Ayyyyyyyyy! ¡Ahhhhhhh! ¡Ohhhhhh! ¡Síiiiiii! ¡Yaaaaaa! ¡Ya vienen! ¡Los *loas* ya está aquí! —dijo la tremenda mulata golpeándose el cuerpo con unas ramas y escupiendo ron a diestro y siniestro—. ¡Me posee! ¡Me domina! ¡El *loa* habla por mi boca!

El coro de acólitos se balanceaba de un lado a otro, la mitad en éxtasis, la otra mitad etílicos.

El baile previo los había agotado. El espíritu había tardado mucho en revelarse.

—Una niña, una niña espera el mensaje — volvió a decir la sacerdotisa arrojando el humo del puro habano como una chimenea—. Los sueños, los sueños la visitan... Veo un camino de palmeras...

—Creo que está hablando de ti —dijo Pauline, que por una vez iba vestida de blanco.

—No me asustes —contestó Georgina con la boca pastosa y sacudiéndose la bebida del vestido de piqué, arrepentida de haberse dejado arrastrar hasta aquel antro donde habían consumido ya un cuarto de la botella de licor que les habían dado al entrar, mientras las gallinas revoloteaban como guacamayos en la selva.

—La puerta... La puerta no debe ser penetrada...

Después de pronunciar esas inquietantes palabras la *mambo* cayó al suelo exhausta, no sin gran estrépito, y sus ayudantes se abalanzaron para recogerla. La ceremonia había acabado y los correligionarios se marcharon con la música (de tambores) a otra parte.

—Creo entender el mensaje de los espíritus —le dijo Pauline cuando volvían de camino a la ciudad en el mismo taxi que las había llevado

hasta aquellos parajes—. Bajo ningún concepto debes perder tu virginidad.

—¡De qué hablas! —masculló Georgina, que a pesar de la neblina espesa que se le había alojado en el cerebro todavía razonaba, sonrojándose por la presencia del taxista que había pegado la oreja.

—¡Qué quieres que interprete! Ni Freud ni Jung lo habrían dicho más claro.

* * *

—¡Nada menos que un mes castigada sin salir! Ya te dije que papá me esperaría despierto y me sorprendería tambaleándome con las llaves en la mano —suspiró Georgina.

—¡Qué injusticia! ¡Quién no se ha emborrachado de estudiante! Es un rito iniciático. El paso obligatorio para entrar en una necesaria etapa de madurez... —apuntó Pauline— como la primera comunión para los católicos o el *bar mitzvah* para los judíos...

—Corta el rollo Leví-Strauss.

Era lunes y las muchachas se dirigían a clase a primera hora de la mañana.

—Como tú vives en un apartamento del campus haces lo que te da la gana. ¡Qué envidia me das! —prosiguió Georgina mientras engullía su donut.

—¡Ayyyyyyyy! No conoces a mis compañeras de piso... —se quejó Pauline expulsando por la nariz y la boca el humo del cigarro del desayuno—. Parecen del seminario: amantes de la limpieza, del orden, del silencio, del estudio... Siguen un ritmo más espartano que los cartujos. Y se quejan de mí sin motivo...

—¿Por?

—¡Por tonterías! —dijo Pauline encogiéndose de hombros, un gesto muy suyo—. Porque no friego los platos, no tiro la basura, o dejo mi ropa interior olvidada en el salón. ¡Pero yo no he votado esos tiránicos turnos de limpieza que me han impuesto! Les exijo una reunión democrática y una votación abierta...

—Al menos tú tienes independencia, libertad y un espacio propio. Llegas a la hora que quieres, no das explicaciones... —insistió Georgina.

—Pero mis compañeras no respetan mi intelecto creador ni mi genio independiente... Ni entienden que necesite el caos en mi vida. De buena gana me iría con mis padres.

—¡Pero si están en el centro! ¡A un autobús de aquí! ¿Por qué no vives con ellos?

—Son ellos los que no quieren. Su teoría es que los hijos deben despegarse de los padres

para liberarse de los complejos de Edipo, de Electra...

—¿Y puedes dar una fiesta o llevar chicos a tu cuarto? —propuso tímida Georgina, ruborizándose.

—¡Ni lo sueñes! ¡Esas pazguatas me expulsarían del piso! —de pronto Pauline detuvo su caminata y tiró la colilla al pavimento, ante la gloriosa escalera de mármol de la entrada del noble edificio pedagógico— ¡Espera! ¡Alto! ¡Qué buena idea! Cuando tu padre te levante el castigo daremos una fiesta, invitaremos a toda la clase, ¡qué digo!, a toda la facultad, a todo el campus... A la universidad entera.

Las jóvenes entraron en el sagrado recinto con inusitada alegría motivada por los novedosos planes. Las vidrieras Tiffany arrojaron miles de luces de colores al contacto con los rayos de sol que ya comenzaban a intensificarse.

* * *

—Atiendan jóvenes, esto es importante. Podrá ayudarles en su futuro trabajo, si es que llegan a ser maestras —dijo la profesora Lacan mirando seriamente a sus alumnas y sus pocos alumnos varones—. Tendrán que actuar con mucha psicología, no ya con los niños o adolescentes sino ¡con los padres!

El chisporroteo continuo de vocecillas que conversaban sobre las novedades del fin de semana se fue acallando; decidieron prestar atención, más por haber sido cogidas en falta que por convencimiento de que aquella sarta de invenciones pudiera reportarles algún beneficio laboral.

—Las aportaciones de Saussure o Jakobson en el campo de la lingüística son imprescindibles para la relectura del señor Freud —continuó Lacan acariciándose su melena pelirroja a lo Veronica Lake—. Piensen que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y opera con los mismos procesos que la metáfora o la metonimia, así lo onírico sería una metáfora de los deseos reprimidos.

Murmullos de incredulidad.

—El ser humano está regido por las pulsiones, no está encerrado en un mero sistema de estímulo-respuesta que caracteriza a otros animales.

Más protestas.

—¡Chiiiiist! Silencio. El sujeto está constituido por tres dimensiones: lo real, lo imaginario y lo simbólico imbricados como un nudo borromeo...

La discusión fue ardua. La mayoría consideraban aquellas teorías propias de una secta.

Jaqueline Marie É. Lacan rebatía, sus ojos verdes chisporroteaban. La esgrima oral continuó.

—Y también creará usted en el hipnotismo ¿verdad? —preguntó uno de los muchachos.

Risitas contenidas.

—Que la hipnosis haya formado parte de espectáculos no implica que no pueda ser aplicada de forma científica en el campo de la psicología, como una terapia —contestó ella—. La inducción hipnótica crearía un estado de sugestión en el sujeto que respondería con alteraciones en su percepción o en su comportamiento...

Exclamaciones de protesta en las gradas: “espectáculo de feria”, “circo”...

—Me obligan a realizar una demostración. Una voluntaria —dijo repentinamente la doctora Lacan.

Las que vieron en aquello un escape de la habitual rutina o el medio más fácil de averiguar si en una vida anterior habían sido la reina Cleopatra, levantaron la mano alegremente. Sin embargo la profesora las ignoró y señaló a Georgina que no había hecho ningún gesto.

—Usted, señorita Borges. Venga, acérquese, no sea tímida.

Una vez sentada en una silla situada en mitad del estrado, de cara a las gradas, Georgina se

dejó arrastrar por el pánico, temía que la hicieran cacarear o ladrar. Su rostro, habitualmente tostado por el sol, parecía pálido, descolorido. Se veía tan pequeña como una niña.

Sonó el timbre que anunciaba el fin de la jornada. Algunos salieron de clase protestando: “incongruencias”, “engañabobos”, “estafa”, y se encaminaron a la cafetería de la facultad. El resto ni se movió.

—Vamos, relájese. No pasa nada. Está usted en un entorno seguro, rodeada de tranquilidad y paz... Totalmente relajada, le pesan los brazos y las piernas...

Lacan habló todavía durante un buen rato con una voz monótona y subyugante, gesticulando con un dedo delante de los ojos de Georgina, que poco tiempo después entró en trance. Comenzó el espectáculo.

—Dígame su nombre.

—Georgina Luisa.

—¿Cómo se llama su padre?

—Jorge.

—¿Y su madre?

—Luisa, murió hace poco...

—Lo siento, querida. ¿Tiene usted hermanos?

—No...

—¿Está usted enamorada?

—No...

—¿Pero espera estarlo pronto?

—Sí.

Risas.

—¿Ha cometido algún crimen?

—Sí...

Una fuerte exclamación recorrió la clase. Alguien dijo “habrá copiado en el último examen”. Más Risas.

Lacan continuó:

—¿Qué clase de crimen? ¿Robo...?

—Sí.

¡Ohhhhhh! Asombro en la sala.

—Y asesinato... —continuó Georgina.

Jaqueline Lacan ya se veía dando parte a las autoridades. Pauline pedía que se detuviera el experimento *ipso facto*, aducía que su amiga tenía derechos y no podía ser sometida a un interrogatorio sin la presencia de un abogado. La profesora mandó callar a todos bajo pena de expulsión de clase. Ninguno quería perderse así que guardaron silencio.

—Cuéntemelo todo —prosiguió la doctora— ¿A quién mató?

—A una vieja usurera que guardaba mucho dinero en casa...

¡Cielos, el escándalo salpicaría a la prestigiosa universidad! ¡La hija del reputado profesor Borges una criminal! ¡Si no tendría dieciocho años!

—También tuve que matar a su hermana que me sorprendió... —continuó Georgina.

Pauline rió a carcajadas:

—Por todos los santos, ¿no se da cuenta de que es el argumento de *Crimen y castigo*?

* * *

Lacan, Borges, Georgina y Sartre (que había sido la principal artífice de hacer partícipe a su decano), terminaron dando explicaciones en el despacho *art nouveau* del rector Ocampo. A Lacan le costó un mes sin sueldo y la prohibición de hipnotizar a los alumnos o a los colegas (aunque se ofrecieran gustosamente voluntarios), mientras que a Georgina le supuso una semana de expulsión.

—¿Me va usted a expulsar? —preguntó Pauline.

—No —dijo impasible el rector, mirándola con todo el peso de su autoridad, sentado tras el escritorio Van de Velde.

—Esto es intolerable, exijo ser expulsada... —continuó la muchacha.

—Ahórreme el mitin, señorita Sartre —la calló el doctor Ocampo.

—No quiero que la profesora Lacan se vea perjudicada por este pequeño caos que ha provocado mi hija. La culpa sin duda es mía.

Desde que mi esposa falleció su actitud es insoportable: plagia, se emborracha...

—Le aseguro doctor Borges que Georgina no mentía —interrumpió Lacan—. El trance era sincero y profundo. Que esa historia viniera a su mente es algo que todavía no puedo explicar pero tiene una razón.

—¡Ah! ¿Su ciencia no encuentra una explicación para esto? —ironizó el rector.

—Me gustaría analizar sus sueños, tal vez pueda extraer alguna conclusión —contestó ella.

—¡Los sueños! ¡Eso es! La santera dijo que los sueños la visitan... Y Georgina cree que esas historias se le ocurren mientras duerme —casi gritó Pauline.

—¡Exacto! Ve como voy encaminada —dijo Jaqueline Lacan.

—¡Santería, vudú! ¿No creerá esas supersticiones? —se quejó el rector.

—Por supuesto que no. Estos “adivinos” suelen ser grandes observadores, obtienen conclusiones analizando de forma intuitiva la conducta o el lenguaje, pero no siempre hay que desdeñar sus interpretaciones... —contestó la profesora.

—¡Ya he oído suficiente! Pueden salir ustedes, señoritas.

Pauline y Georgina, que no había dicho ni una palabra desde que despertó del trance, abandonaron el despacho.

—Seamos serios —dijo el rector quitándose la chaqueta y colocándola en el respaldo de su silla. Con las alumnas fuera ya podían relajarse—. Has dejado que el experimento se te fuera de las manos.

—Siempre soy seria, Silvino —dijo con naturalidad—, pero a veces es impredecible. Y en cuanto a ti, Jorge, haz el favor de vigilar el sueño de la niña. Es significativo que coincidan la adolescencia y la muerte de su madre.

* * *

La semana siguiente el profesor Borges pasó todas las noches con su pijama de rayas en el salón del palacete, en el sillón orejero de piel color vino tinto. Animaba la espera con un sorbito de *whisky* y un par de hielitos. A veces oía un ruido, pero todo quedaba en falsa alarma: un crujido de maderas, el viejo setter, un pájaro en el bosquecillo de bambúes. Otras le parecía que el cuadro del prócer, propietario de aquella magnífica mansión, iba a decirle algo. Pero aquel señor con aspecto de Abraham Lincoln no abrió la boca.

Al final terminaba dormido. De amanecida lo despertaba la mucamita cuando comenzaba con el trasiego de sus faenas domésticas y apenas tenía una horita o dos para descansar como Dios manda en la cama. Durante el desayuno Georgina aparecía fresca como una rosa. Casi siempre se presentaba Pauline de camino a clase con los apuntes del día anterior.

Pero pasada la semana, una noche que el doctor dudaba entre servirse el dedito de *whisky* o desistir de su guardia, serían las diez cuando oyó con claridad abrirse la puerta del cuarto de Georgina. Al momento la vio pasar junto a la balaustrada de la primera planta con su camisoncito rosa y sus trenzas azabaches, de camino a las escaleras Victor Horta, igualitas que las del Hotel Solvay. La muchacha bajó los escalones con parsimonia elegante cual una debutante en sociedad, y sin decir ni pío cruzó el salón por delante de su papá. Este la siguió mientras la joven recorría la mansión en evidente estado de sonambulismo. Había oído que no era bueno despertar a los sonámbulos, así que subieron, bajaron, giraron, abrieron, cerraron... Nunca en la vida su hija había tenido afición a recorrer la casa dormida. Era bien extraño.

Salieron por la puerta de la cocina (donde el profesor no había entrado jamás) al caminito de palmeras que rodeaba la parte trasera del palacete. Georgina caminaba segura de su ruta a pesar de ir descalza; las hojas más bajas la rozaban, ella las ignoraba. Llegaron hasta la fachada trasera de la biblioteca central de la universidad. La muchacha abrió una puertecita que el doctor Borges no había visto ni siquiera en sus tiempos de estudiante. Georgina la franqueó decidida.

Una vez dentro volvieron a subir, bajar, girar, abrir, cerrar... hasta llegar a la sala principal de lectura, un monumento de tres plantas de altura con estanterías y mesas Louis Majorelle. Georgina fue hasta la sección de literatura inglesa, tomó un libro, aparentemente al azar, y se dirigió con él hasta una de las mesas. Encendió la luz de la lamparita Émile Gallé y se puso tranquilamente a leer como si tal cosa. El profesor Borges comprobó que su lectura era *La señora Dalloway*.

* * *

Los vasos derramados por el suelo, las colillas aplastadas contra los ceniceros, las botellas vacías tras el sofá y los vecinos protestando, indicaban

que la fiesta había sido mayúscula. Un disco giraba una y otra vez en el moderno tocadiscos portátil a pesar de que la aguja estaba levantada... A sus pies se acumulaban divas negras y Elvis revueltos sin ningún decoro.

Pauline abrió la puerta deseando que fueran sus padres para rescatarla de su aburrida estancia en el pisito de estudiantes. Pero solo era otra vecina más en actitud reivindicativa de las buenas costumbres. Sobre la alfombra dormían (bajo los efluvios etílicos) tres chicos de tercer curso que no habían vuelto al colegio mayor. Georgina se fue la primera, a la hora de Cenicienta.

La más severa de las cartujas que compartían estancia con Pauline, se asomó liada en una sábana por la puerta del cuarto, para asegurarse de que el campo estaba libre. Acto seguido despidió a jovenzuelo imberbe en calzoncillos con la ropa en la mano. La chica le dio un beso en la frente a Pauline, con un aliento a daiquiri como el del mismo Hemingway. Abrazándola cual si fuera su querida abuelita le dijo que serían amigas toda la vida, que no se preocupara por los platos sin fregar, o la colada, que ya se encargaría ella.

Fin



Juana Magdalena Olmedo Cardenete

Cartas de una estudiante desconocida

Juana Magdalena Olmedo Cardenete

Cartas de una estudiante desconocida

Llevo muchos años esforzándome. Hablo de días completos a la luz del sol, negras y largas noches bajo el triángulo luminoso de una lámpara de estudio, en la terraza de una cafetería, en un rincón de la biblioteca, delante de cualquier ventana, leyendo con fruición, intentando escribir. Desde pequeña me sentía feliz así, garabateando en las paredes, copiando poemas o frases célebres de autores a modo de muestras de caligrafía, recitando a mis amigas versos aprendidos de memoria, inventando historias de miedo cuando nos juntábamos para dormir juntas.

Sé que es muy difícil para un aficionado publicar obra, obtener un premio que además conlleve la edición de la misma; hay muchos participantes y el ingenio es ilimitado, la competencia dura. Por esa razón, hace algún tiempo decidí escribir cartas, pequeñas fábulas que abandono adrede encima de los apuntes de algún estudiante que ha salido de la biblioteca un instante al baño, a fumar o a tomar un café.

En la mesa, mi profesor de Lingüística, encuentra casualmente un relato encima de sus documentos de clase y pregunta a los alumnos, después de un rápido vistazo: ¿quién ha olvidado esto? Yo lo observo y guardo silencio cómplice, mientras él mira desconcertado el breve texto e insiste: ¿Alguien sabe quién es el autor? Finalmente, lo guarda entre sus apuntes.

A veces, también suelo dejar el escrito encima de la mesa del bibliotecario que se adentra en otra sala para ayudar a un principiante. Yo deposito con sigilo el folio encima del mostrador y desaparezco. Alguna vez he sentido la tentación de espiar como espectadora anónima la reacción de quien lee mi carta, pero el temor a una expresión de desagrado o desaprobación me hace abandonar la idea.

En el mundo real, en la vida, sé que jamás llegaré a nada, pero en el universo de los libros, de las enciclopedias, de los relatos y de las historias, vivo a mi antojo. Puedo tomar prestado un personaje, suplantarlo, experimentar la aventura de ser otro. Después, cuando el yo regresa a sí mismo, se vuelve más sutil, mejor perceptor de la realidad. Se pueden hacer viajes al día en ochenta mundos, y en cada uno de ellos, la realidad cobra una dimensión extraordinaria, fantástica, insospechada.

Aquí se transcriben nueve cartas abandonadas de cualquier manera en cualquier sitio, mensajes en una botella que el naufrago que soy lanza al mar en espera de ser encontrados. Si no te gustan, lector, devuélvelos al agua, tíralos al momento en la papelera que hay al final de la mesa, arrúgalos y lánzalos al vacío del olvido; pero si estas cartas consiguen mantener tu atención, ocupar una porción brevísima de tu tiempo, considéralas un modesto y sencillo homenaje a algunos de los grandes autores de la Literatura Universal: Shakespeare, Nabokov, Dante, Petrarca, Aleixandre, Lorca, Kafka, T.S. Eliot, el Marqués de Sade, algunos mitos de la literatura. Con todos ellos y tantos otros he compartido mi vida con verdadera emoción.

1. Carta de una estudiante desconocida a un estudiante desconocido. 18 de enero de 2012

ADÁN Y EVA

Cuando está borracho, Adán me telefonea desde cualquier bar y me dice que me quiere con lengua de trapo. Sin embargo, al llegar a acostarse de madrugada aún más bebido, me despierta abruptamente, da igual la hora, enciende la luz, me llama 'puta' y me obliga a copular con él. Es como si te golpearan con un palo seco. Muerde salvajemente mis labios al besarme. Odio las manchas de sangre sobre la almohada o sobre las sábanas, me cuesta un trabajo infinito quitarlas.

Al día siguiente él no recuerda nada.

Preparo el almuerzo, Adán viene del bar, apenas es mediodía y ya huele fuertemente a whisky. Trae un paquete bajo el brazo que arroja en el poyete de la cocina. Lo deslío, es un cuchillo cerámico que ha comprado para cortar el jamón, envuelto en papel de burbujas. Tiene una vaina, como si fuera un florete, para evitar accidentes imprevistos, su hoja está extremadamente afilada. En el pequeño tríptico de las instrucciones, recomiendan ser cuidadoso con las yemas de los dedos, que te

puedes rebanar sin darte cuenta. Practico con un tomate, con un pepino, con jamón y verdaderamente he seccionado unas lonchas del grosor del papel como si cortara mantequilla. Miro el instrumento oscuro con admiración. Se diría que es raramente bello, evoca las ilustraciones de los libros de la escuela en las que un homínido en la Edad de Piedra afila una lasca de sílex a la luz de una antorcha.

Adán me grita con la lengua pegajosa desde el sofá, donde yace tumbado: “¡Eh, puta, trae ya la comida!”. Me acerco a poner el mantel, los platos, los vasos, los cubiertos, la ensalada, el pan, una fuente con jamón. Ahora él dormita y resopla como un ‘bull dog’ francés, semiinconsciente, con la cabeza descolgada y el cuello torcido. Traigo a la mesa la sal en escamas y el entrecot al punto; si él no despierta quedará frío y la carne tiesa está para tirarla. Hago un corte certero. Como dicen las instrucciones, el cuchillo cerámico es excelente con la carne, pero no con el hueso, donde me detengo.

Enciendo la tele, es la hora del telediario. Mientras escucho a la locutora informando de los sucesos del día, Adán se debate entre la vida y la muerte, ahogándose en la sangre que brota a borbotones con sus palabras: “Putita, ¿qué has hecho?”.

El sofá se va tiñendo de rojo rápidamente. Tengo que eliminar las manchas antes de que se sequen, si no, será imposible quitarlas.

Adán nunca me llama Eva, siempre me llama puta.

Sé que por esto seré expulsada de “El Paraíso”, pero nunca me ha gustado este puticlub...

2. Carta de una estudiante desconocida a “aquel hombre”. 22 de enero de 2013

¡Ya está bien de narradores masculinos! En clase, somos muchas más mujeres que hombres, en una proporción apabullante, en el club de lectura también, y lo mismo ocurre en el taller de creación teatral. Esto implica que hay más gongorinas, lorquianas, alejandrinas, shakesperianas, kafkianas, petrarquistas, dantescas, cervantinas, azorinianas, seguidoras de Baudelaire, etc., que en épocas pasadas. También abundan las narradoras omniscientes, conocedoras de los entresijos remotos de nuestros pensamientos, que describen con exactitud y profusión nuestras virtudes y defectos, y con más o menos fortuna nuestros fracasos, dolores, éxitos, pasiones.

En la carrera que he elegido es difícil hacer amistades masculinas para tener un plan durante el fin de semana...

AQUEL HOMBRE

Sobre la mesa del estrado se encontraba el bote de cristal con el cerebro. A su lado, piezas sueltas de lo que fue un reloj, un mechero plateado y una pipa que aún exhalaba aroma de tabaco rubio. Todo era de aquel hombre.

La sala estaba a rebosar. La audiencia se impacientaba, murmuraba, por aquí y por allá se formulaban hipótesis, elucubraciones, comentarios.

¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos? ¿Quemó sus recuerdos? Aquel hombre pudo prender fuego a un frondoso bosque. Quizá incendió algunos corazones. Consumió su propia vida. Se roció con gasolina y encendió la llama. Su tiempo se extinguió dejando en el aire una lluvia de leves pavesas.

Pudo ser un héroe o un villano, costaba adivinar lo sucedido.

En ese momento una figura apareció en el quicio de la puerta. El público guardó silencio. Una mujer tomó asiento en el estrado, se acomodó el micrófono, saludó a los asistentes.

En otro tiempo, aquel hombre y ella fueron amantes. La narradora omnisciente comenzó a contar la historia.

3. Carta de una estudiante desconocida a los apasionados por Aleixandre hasta la saciedad, que trata de dos estudiantes, un hombre y una mujer, que se destruían o se amaban:

LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR

Se revolcaban enredados.

Jadeantes como perros, cayeron al suelo envueltos en el edredón de plumas, que amortiguó el golpe.

Bromearon.

Les pareció divertida la situación, se rieron, bebieron más vino en las copas talladas.

Pronunciaron palabras salvajes, se mordieron, utilizaron juegos lascivos excéntricos, lubricantes de diversos sabores y texturas.

Adoptaban posturas inverosímiles para fornicar, con las piernas levantadas, la espalda arqueada, en cuclillas, en la mesa del despacho...Él le tapó los ojos mientras la penetraba, colocándole el antifaz de terciopelo negro. Le derramó por la piel pétalos de magnolia. No se trataba de un vulgar polvo vainilla.

De repente, él quiso besarla al contemplarla tan hermosa. Al rozarle los labios vehementes que rezumaban licor, el amante sintió un arrebato violento,

y le succionó la lengua en aquel beso animal. Ella, manoteando a ciegas, defendiéndose, sin querer le arrancó los ojos, que cayeron sobre su vientre.

A partir de aquel día, él fue la voz de la mujer y ella los ojos de su amante.

Se comunicaban a través del tacto, el olfato, algún sonido.

En la cama ensayaron otros resuellos, exploraron perfumes y olores desconocidos, despertaron instintos olvidados, nuevos deleites.

Visitaban juntos los museos cogidos del brazo.

4. Carta de una estudiante desconocida a Dolores, Lolita, compañera de clase de mirada lánguida, interés desmesurado en obtener buenas notas, sin escrúpulos, interesada, que siempre sonríe pero jamás presta sus apuntes, una mosquita muerta. Dejo el escrito entre las páginas de su libreta, sin que nadie lo advierta, mientras todo el mundo espera en los pasillos la llegada del profesor. 21 enero de 2013.

LOLITA

Prácticamente todo el pueblo se acerca hasta la casa de Dolores. Los niños y niñas de la escuela

acudimos a darle el último adiós. Al principio yo me quedo en la puerta, pero cuando veo que no pasa nada, entro en la casa, atravieso el pasillo y llego hasta el dormitorio donde está ella encima de la cama, quieta y blanca. La pequeña Lola parece dormida sobre la colcha de cretona, y su rostro muestra cierto gesto de sorpresa.

Un pañuelo rosa da la vuelta a su cabeza, sujeta su mandíbula y se anuda con una lazada en el pelo, encima del flequillo negro. Hay velones rojos encendidos sobre la mesilla de noche y en la cómoda. Yo conozco bien la alcoba, he espiado a Lolita algunas noches sin luna desde la ventana.

Unas mujeres mayores vestidas de oscuro rezan el rosario como una letanía que se mezcla con el humo de los cirios (los misterios dolorosos, hoy es viernes). Me fijo en las manos de la niña, cruzadas sobre su frágil pecho. Lolita, mi alma. Todos la contemplamos en silencio. Las lunas de las puertas del armario reflejan la escena doliente. Un hombre entra y dice que el coche fúnebre acaba de llegar. Las mujeres mayores nos echan a todos de allí. Algunas niñas sollozan.

En la Iglesia, abarrotada de crisantemos blancos y de gente, los hombres se colocan a la derecha, las mujeres a la izquierda, los niños delante, con

la familia, aunque la madre de Dolores no ha podido venir, está muy afectada y le han dado tranquilizantes.

Lolita yace sobre el lecho acolchado de seda en su caja mortuoria blanca con un ángel dorado en la tapa. Me despido de ella mentalmente, no puedo rezar, tengo un nudo en la garganta. Le digo que la amaré para siempre, que no la olvidaré.

Pasan los días lentos, las noches lúgubres. Nadie sabe que la tarde que murió, Lolita y yo nos encontramos encima del puente, sobre el río. Yo intenté besar su boca roja, de caramelo chupado y tocarle las bragas de 'crochet' con agujeritos bajo su falda corta. Ella me rechazó. Entonces yo la empujé y vi caer desde arriba su cuerpo blandamente sobre los guijarros, mientras ella me dirigía la última mirada con un gesto de sorpresa...

Nadie ha sospechado hasta ahora del niño más listo de la clase.

Otras niñas, amigas de Lolita, consiguen con sus miradas lánguidas y sus vestidos vaporosos, que algunos días no piense en ella: Beatriz, pelirroja gloriosa, Laura, gozosa, como los misterios...

5. Carta de una estudiante desconocida a un atractivo estudiante conocido, visitante asiduo de la cafetería, adicto al *Nestea* y a la *Coca Cola zero*, que trae a muchas alumnas de cabeza...

LA VISITA

Todos los días ella espera impaciente a que llegue la hora. Espera con exaltación, con lirismo, con delicadeza. Se levanta temprano y arregla la casa, ordena los cojines del sofá, coloca las flores del jarrón de la salita, donde luego lo invitará a café, aunque él nunca se queda porque tiene mucha prisa.

Ella toma una ducha y se unta la crema para el cuerpo con olor a violetas. Se pone su vestido malva con el botón de la pechera desabrochado, la pulsera de eslabones. Se peina el pelo con brillantina y se coloca las dos horquillas de carey para sujetarse el moño. Después se perfuma con 'Maderas de Oriente'. Cada día, menos el domingo, cumple el mismo ritual escrupulosamente. Desde que murió su marido, ningún hombre ha entrado en la casa y ella añora esa presencia masculina, el olor de la loción de afeitado, del almidón para el planchado de la camisa. Recuerda el brillo y la

sonrisa de sus palabras, la voz grave suspendida en el aire que se adentra por el pasillo mezclada con el aroma del café...

Cada día, la mujer ansía el momento en el que el joven llama al timbre, ella le abre la puerta, se dicen buenos días sonrientes y él le entrega la barra de pan.

El joven que me trae loca, estudia Historia y Ciencias de la Música y Bellas Artes. Además he oído que toca el contrabajo. Aparte de bellezón, el chico es listo. Como no me ha hecho ni caso cuando le he sonreído en el bar, le dejo al lado de su mochila, una segunda entrega.

LA VISITA II

Ella compra dos barras de pan porque el joven le dice que hoy sábado, es el último día de reparto, la semana próxima se marchará a la ciudad a estudiar, el curso da comienzo. Por primera vez, a modo de despedida, él acepta el café que la mujer le ofrece. Ella tira de su brazo encantada y lo atrae hacia la salita, donde ha colocado crisantemos en el jarrón y ha ordenado, como todos los días, los cojines del pequeño sofá. Le sirve un café humeante que al joven le gusta

muy caliente y sin azúcar. La mujer se desabrocha otro botón del vestido. Se ha recogido el moño dejando caer unos mechones que enmarcan su rostro y está verdaderamente seductora. Charlan animadamente y en unos momentos, sus voces se desvanecen despaciosamente, como el olor del pan, el perfume que ella se ha pulverizado en el escote, la fragancia dulzona de las flores, como la mañana, como la misma vida.

El joven panadero se ha marchado, dicen en el vecindario. Nadie ha ocupado su lugar. Han abierto una nueva tienda en la esquina, en la que despachan diversas clases de pan: de cereales, de semillas, baguettes, molletes...

Sin embargo, ella tiene muchas piezas almacenadas en el gran arcón frigorífico que compró el año pasado. Sólo tiene que desear un bocadillo, un tentempié, una pequeña rebanada untada en mantequilla. Entonces abre la tapa, aparta unas cuantas barras metidas en bolsas, y siente la mirada detenida del joven que la observa fijamente desde el fondo sin mover una pestaña, entumecido, con la expresión helada desde la mañana en la que él se sintió dormir con el sabor de aquel café acre y adulterado. Al mismo tiempo, ella, infinitamente cerca, bebió su último latido.

6. Carta de una estudiante desconocida a las diversas clases de seres imperfectos que circulan por las aulas, por los pasillos, por las cafeterías, metamorfoseados en estudiantes, profesores y público en general.

LA METAMORFOSIS

Esa noche cené demasiado. Tenía el vientre abultado. A la mañana siguiente bebí una infusión laxante pero aún me sentía algo hinchada, molesta y extrañamente somnolienta. Me acosté temprano. Cuando desperté, tuve la sensación de haber dormido mucho tiempo. En un instante noté algo ínfimo que se movió en lo más profundo de mi ser. ¿Embarazo? llevaba meses sin mantener relaciones sexuales. Me levanté la blusa y miré desconcertada mi tórax. Estaba decidida: visitaría al médico. Como al día siguiente tenía turno de guardia en el quirófano, hablaría con el jefe de planta para que me buscara un hueco en las consultas externas de ginecología. Aunque yo nunca los había visto personalmente, sabía de extraños casos de tumores de pelo, uñas y sebo que se alojan en las entrañas y crecen vertiginosamente. Sentí miedo, aprehensión. Encendí el televisor, sintonicé un canal de dibujos animados y tarareé la canción

de la 'Warner Bros'. Tomé un vaso de leche con un prozac y me eché en el sofá. Dormí durante algunas horas con la tele puesta. Tuve un sueño agitado y desperté a media noche con una tirantez extrema. La goma del pantalón del pijama me apretaba el vientre que había crecido algo más y me había dejado un surco doloroso. Decidí que al día siguiente por la mañana llamaría al trabajo, diría que me sentía indispuesta para que me sustituyeran. Me acercaría a urgencias. Sin embargo, al momento me alertaron las contracciones. No tuve tiempo de alcanzar el baño, rompí aguas en el pasillo, en cuclillas, sujetándome en la pared. Allí mismo alumbré a aquella cosa extraña que cayó al suelo, sobre las baldosas de losange con un ruido sordo. Quedé perpleja, pensé que estaba soñando. Miré al suelo y había una especie de huevo gelatinoso de tamaño parecido al de un avestruz. Lo cogí con cuidado y lo enjuagué en la bañera con agua tibia y jabón neutro. Lo deposité en el lavabo para que no perdiera humedad mientras yo me enjabonaba en la ducha. Limpié el pasillo, cambié las sábanas y me vestí con el camisón de tirantes bordado en punto de sombra. Me cepillé el pelo. Luego sentí hambre. Llevé el huevo a la cama y lo acomodé con cuidado entre almohadones blancos de batista. Sin saber por qué, sentí

deseos de besar amorosamente su cáscara húmeda y resbaladiza salpicada de manchas oscuras, que parecía palpitar. Al acercar mis labios a la membrana templada, algo raro sucedió... ¡Plop! Aquel corpúsculo ovoide moteado se convirtió en una extraña criatura, parecía un príncipe. Primero miró a su alrededor desconcertado, luego detuvo su mirada en mí y me observó largamente. Tenía las extremidades extremadamente delgadas y el vientre abultado.

Su Alteza, me dijo que se llamaba Joseph K., inclinó la cabeza y me saludó protocolariamente. Se despojó de la capa azul de ultramar, que más bien parecía un extraño caparazón. Lo dejó sobre el galán. Me dijo que en su reino, los reyes no llevan corona ni espada. Joseph K. comenzó a quitarse los ropajes. Al ver mi uniforme de enfermera limpio y recién planchado colgado del perchero, pareció complacido y me dirigió una mirada lasciva. Hizo señas para que me lo pusiera mientras él se liberaba con dificultad de unos leotardos demasiado ajustados. Dijo que me haría el amor inmediatamente, llevaba cien años esperando.

El Príncipe K. me desabrochó dos botones del uniforme, descubrió uno de mis pechos y mordió ligeramente el pezón del que surgieron unas gotitas blancas.

Aquella noche consumamos el incesto.

Al día siguiente sentí una sensación de desagrado, de hastío universal, una especie de repugnancia visceral, como cuando se aplasta una cucaracha...

Le dije a Joseph que se marchara, por muy príncipe que fuese no podía quedarse en mi apartamento y me marché al trabajo a toda prisa, temiendo llegar tarde a mi turno de guardia.

A mi vuelta, me llevé un susto mayúsculo, al descubrir que Joseph K. se había instalado debajo del sofá, no tenía dónde ir.

7. Carta de una estudiante desconocida al hombre que la vuelve loca, de la clase de al lado, el aula 25. Es algo más mayor que el resto de los alumnos de su curso. Él y ella tienen una aventura en la fiesta de un amigo común. Él la lleva en coche a casa, pero al día siguiente, por los pasillos de la Facultad, “si te he visto no me acuerdo”. Quizá, la noche de la fiesta, los dos bebieron demasiado. 18 de febrero de 2013.

LA TIERRA BALDÍA

La carretera comarcal se extiende casi recta ante nuestros ojos. Al frente hay un horizonte púrpura,

a los lados se difumina el paisaje verde y marrón.

Él conduce con una sola mano. La otra mano, tibia, encima de mi muslo, se adentra bajo la falda camino de mi sexo, ladea ligeramente las bragas y me acaricia suavemente.

No puedes conducir así, le digo.

Él no dice nada, casi nunca dice nada, tan sólo extravía un poco la mirada y parece pensar, aunque yo nunca sé lo que corre por su cabeza.

Ahora toma un desvío y se detiene cerca de un olivar.

Salimos del coche y caminamos sobre la tierra baldía.

No se ve a nadie, pero a lo lejos se escucha un perro ladrando.

Él ofrece su miembro erguido, lo masturbo. Me abraza tan fuerte que casi no respiro, así es su relación con la vida: urgente y dolorosa.

Mientras se estremece, eyacula sangre sobre los surcos de barbecho.

Por encima de su hombro miro las copas de los olivos platear mecidas por un suave viento.

8. Carta de una estudiante desconocida a dos hermanas mellizas estudiantes de Grado en Filología Hispánica, Justine y Juliette. 19 de febrero de 2013.

ROSA ROSAE

Aquella noche Justine, bajo las estrellas, dormía en su cama y soñaba con su profesora de Literatura. Justine admiraba a su profesora, que era sabia y virtuosa, y le había enseñado tanto..., libros de viajes, bellos poemas, autores ilustrados, el amor por los libros...

A la misma hora, el novio de Justine, besaba a la hermana de ésta, Juliette, bajo las estrellas, sin que Justine sospechara nada.

A la misma hora, la madre de Justine y Juliette intentaba conciliar el sueño mientras se preguntaba por qué sus hijas eran tan distintas habiendo recibido la misma educación.

A la misma hora, el padre de Justine y Juliette pensaba en su cama mientras intentaba dormir, que su mujer siempre andaba preocupada por sus hijas y nunca le prestaba atención a él.

A la misma hora, Juliette, bajo las estrellas, saboreaba los besos, los labios, la lengua del novio de su hermana Justine, mientras el hombre

le levantaba la falda y la fina tela se enredaba en un rosal.

A la misma hora, bajo las estrellas, un latido de vida, un golpe de savia avanzaba imparable por el tallo del rosal; primero brotó una espina, luego otra, después otra, que rasgó la falda de Juliette mientras su amante, el novio de su hermana Justine, intentaba desesperado deshacerse de la falda de Juliette y aproximarse a su sexo. Mientras eso sucedía, Justine estudiaba toda la noche para aprobar sus exámenes.

Algún tiempo después, bajo las estrellas, nacería la rosa perfecta y efímera que el novio cortaría del rosal y regalaría a Justine mientras deseaba a su hermana Juliette, al tiempo que la madre zurcía la seda de la falda de Juliette, y se preguntaba una y otra vez por qué sus hijas eran tan distintas...

9. Carta de una estudiante desconocida al personal y clientes de la fotocopidora de la Facultad. En la pared del fondo, durante la espera, se observa un póster descolorido de *Supertramp*. 15 de febrero de 2013.

CRISIS? WHAT CRISIS?

Hay épocas en las que la ciudad es oscura, y cuando llueve, el asfalto mojado le confiere una cualidad cinematográfica; las calles parecen imágenes de una película antigua y casi olvidada.

La vida, en situaciones adversas es monocolor con tonos de grises; tenemos la esperanza de avivar en nuestra mente la percepción de la intensidad, el contraste, el tamizado o el perfilado, pero nada escapa del gris. Muchas vidas en la crisis, en la desesperanza, son proyecciones defectuosas, vesánicas, copias de copias en blanco y negro. No hay dinero para comprar los cartuchos de tóner de las impresoras en color.

Relatos
de Bibliotecas
Segundo Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada
se acabó de imprimir el día 5 de abril de 2012,
festividad de San Vicente Ferrer
en los Talleres de Imprenta
Comercial de Motril,
Granada.